

La venta del ahorcado

Domingo Miras

PERSONAJES:

por orden de intervención

DON TERCENCIO, *propietario de bienes rústicos.*

DONATA LA SERONERA, *ventera y subordinada del anterior.*

ARICHE, *mozo de la venta.*

NANDO, *carrero.*

EL BANDERAS, *arriero.*

JUANICO EL DE LA VENTA, *ventero y esposo de Donata.*

EL CIEGO MARCHENA, *cliente y amigo de la casa.*

LA TÍA CONEJITA, *vieja guillada.*

GUARDIA 1.º, *agente de la autoridad y el orden.*

GUARDIA 2.º, *ídem.*

SERAFÍN, *eficiente subalterno de la propiedad.*

DOÑA MADRONA, *severa esposa de don Terencio.*

LAS MUERTES: **EL REY**, *ordenador y hacedor de la justicia.*

EL OBISPO, *hombre de letras, su consejero.*

EL CONDE, *hombre de armas, su auxiliar.*

PRIMERA PARTE

Densas tinieblas preludian el nacimiento del drama. El parto de la función comienza en un extremo, por la periferia de la negrura, con una tímida, vacilante iluminación que apenas deja ver un bulto yacente que oscila y se mueve sin desplazarse. De él emanan los gemidos, suspiros y jadeos con que se desahogan el pecho DON TERCENCIO GARCÍA MANRIQUE y DONATA LA SERONERA, que fornican sin recato en una mala yacija. El resto del espacio escénico se conserva en una oscuridad impenetrable, promissora de nuevas revelaciones.

DON TERCENCIO.- ¡Aaaaay! ¡Así!, ¡así!, ¡así!

DONATA.- ¡Ay, Jesús, qué hombre!, ¡qué hombre!

DON TERCENCIO.- ¡Ahí!, ¡ahí! Esto es lo mío, Dios!, ¡esto!, ¡ahí!

DONATA.- ¿No se cansa usted, señor?

DON TERCENCIO.- ¿Yo? ¡Una leche! ¡Así!, ¡así!

DONATA.- ¡Pero qué hombre! ¡Ay, qué tío! ¡Si es un mozo!

DON TERCENCIO.- ¡Aquí se ven los machos de Castilla!, ¡aquí!, ¡aquí!

DONATA.- ¡Au! ¡Me voy a comer tu oreja!, ¡te la trago!

DON TERCENCIO.- ¡De usted!, ¡de usted! ¡Háblame de usted!

DONATA.- ¡Ay, no me he dado cuenta! Perdóneme, señor.

DON TERCENCIO.- ¡A ver si te enteras, bribona! ¡Que se os da la mano y os tomáis el pie!

DONATA.- ¡Se me ha ido la cabeza! ¡Desvarío de cama!

DON TERCENCIO.- ¡Desvarío de poca vergüenza! ¡Que todos sois iguales!

DONATA.- No se enfade conmigo, señor, que le quiero mucho.

DON TERCENCIO.- ¡Eso no importa! ¡El respeto es el respeto! ¡De usted al raso, y de usted bajo techo! ¡De usted, en manteles! ¡De usted entre sábanas! ¡De usted p or tierra y de usted por mar!

DONATA.- Así ha de ser, don Terencio. No me descuido más, por mis muertos se lo juro.

DON TERCENCIO.- Siempre en el catre me metes el tú por ver si te lo paso. Y no te lo paso, no.

DONATA.- No lo hago de voluntad, que el amor me lo saca.

DON TERCENCIO.- ¡Sí, sí! ¡Menudo amor!

DONATA.- ¡Sí, señor, el amor!

DON TERCENCIO.- ¡Anda, lagartona!, ¡que eres tú muy lagarta!

DONATA.- ¡Ay, Dios, lo que hay que oír!

DON TERCENCIO.- Venga, cierra la boca y muévete.

DONATA.- ¡Y todavía tiene ganas de jaleo!

DON TERCENCIO.- ¡Vas a morir ensartada!

DONATA.- ¡Es usted tremendo!

DON TERCENCIO.- España y yo somos así, señora.

DONATA.- Esa razón la tengo oída y no sé de dónde, pero suya no es.

DON TERCENCIO.- Un genio portentoso la dijo antes, aunque no sé si a este propósito. Te habrá llegado un eco.

DONATA.- ¡El eco de la fama habrá sido!

DON TERCENCIO.- ¡El eco de tu madre! ¡Ea, se acabó la conversación! ¡A lo tuyo!

DONATA.- ¡Claro, a lo mío! ¡Y lo mío es el fornicio!

DON TERCICIO.- ¡El fornicio mismamente!

DONATA.- Usted no me aprecia ni mucho ni poco. Me trata como un rey moro.

DON TERCICIO.- Pues bien lustrosa estás y bien que subes y medras.

DONATA.- ¡Que subo, dice!

DON TERCICIO.- Trepas tú más que una salamanquesa. ¡Quién te ha visto y quién te ve!

DONATA.- ¡Jesús, cualquiera que le oiga! ¡Y no tengo más que lo puesto!

DON TERCICIO.- So piojosa, ¿y qué tenías puesto cuando te conocí? ¡En cueros vivos te llevaba aquel maquinista del carajo!

DONATA.- ¡Ay, no era maquinista, que era el fogonero Manolico Atienza!

DON TERCICIO.- ¡En cueros vivos como una rana! Me acuerdo como si lo viera: el frío de la mañana en la estación de Serón con las vías llenas de nieve, y aquel tío tizando corriendo con una moza en pelota en brazos...

DONATA.- Pues a usted bien que le gustó, según aflojó la guita para quedarse conmigo.

DON TERCICIO.- Pensé que hacía una obra de caridad, y me eché encima una solitaria que me tiene en los huesos.

DONATA.- ¡Don Terencio, por la memoria de su Madre, no me diga usted eso!

DON TERCICIO.- ¡Ciento dos duros de mi alma, en qué hora! ¡Menudo sablazo me arrimó el ladrón!

DONATA.- ¡Y qué iba a hacer yo, si era una criatura! ¿O es que me tenía que morir de hambre? A lo menos catava un poco el puchero de cada uno, y me pude sostener aquellos tres años que viví en los trenes. ¡Me duele la boca va de tanto decírselo!

DON TERCICIO.- ¡Eh, cuidado! ¿Qué voces son esas? Mucho cuidadito con alzarme la voz, ¿me oyes? A mí no me chillas tú ni loca, puta de mierda.

DONATA.- Yo no le he chillado, don Terencio, que me muera aquí mismo. Yo no le he chillado, no...

DON TERENCIO.- Pues yo no estoy sordo, me parece. Ponte panza arriba, que te doy otro tiento. Así, quieta. Eres tú muy suelta de lengua, y te voy a enseñar a tenerme respeto. A ti te enseño yo, ¿no te digo?

DONATA.- Don Terencio de mi alma, que yo no le he chillado, por mis muertos se lo juro.

DON TERENCIO.- ¡Venga, cierra la boca y muévete! ¡Menos charla y más jodienda!

DONATA.- ¡Ay, Señor, qué cruz!

DON TERENCIO.- ¡Sí, quéjate, encima!

DONATA.- No lo digo por mí, señor amo, pero esta cama no es propia para un caballero como usted.

DON TERENCIO.- Eres pura codicia.

DONATA.- Un dormitorio como Dios manda es lo menos que usted se merece.

DON TERENCIO.- Tú quieres mi ruina. ¡Ay!

DONATA.- Quiero su comodidad. ¿Siente gustito?

DON TERENCIO.- No sé qué me pasa.

DONATA.- Mire un poco por mí. El testamento es como nada, si tengo que esperar a que usted se muera. Siquiera una cama de hierro... ¡Ay, pero qué hace! ¡No me clave las uñas así! ¡No me las clave!

DON TERENCIO.- (Habla con dificultad.) Me duele por dentro... me ahogo...

DONATA.- (Rechazando a su galán.) ¡Que no me clave las uñas, le digo!

DON TERENCIO.- ¡Pécora!

(Gira DON TERCICIO gimiendo, y cae al suelo arrastrando la manta. Se encoge con un estertor. Frotándose un hombro lastimado, DONATA LA SERONERA se pone de través y boca abajo sobre la camichuela, para mirar al caído.)

DONATA.- (Tras una pausa.) Don Terencio, qué tiene. (DON TERCICIO está completamente inmóvil, silencioso.) Don Terencio. ¡Don Terencio! **(Le remueve un poco con la punta de los dedos, sin resultado alguno.)** ¡Contésteme! ¿Qué le pasa? ¿Se ha puesto malo? **(Silencio. Ante la pasividad del interrogado, se echa al suelo y le zarandea reciamente por los hombros.)** ¡Despierte, no se trasponga! ¡Despiértese! **(Subiéndole a la cama.)** ¡Vamos, vamos! ¡A la camita! ¡Madre, qué soponcio! ¿No me conoce? ¡Soy la Donata!, ¡su niña!, ¡su putita! ¿Está privado? ¡Con los ojos abiertos y...! ¡Ave María, no estará muerto! **(De un empujón, lo echa al suelo rodando.)** ¡Fuera de mi cama! ¡Muertos en mi cama, no! ¡Muertos en mi cama, ni en sueños! **(Pausa. En voz baja.)** ¡Y será verdad que está muerto! ¡Y será verdad! ¡Jesús, qué lotería! **(Alza un poco la voz.)** ¡Don Terencio, mi amor! ¡Don Terencio! ¿Has liado el petate? ¿Te has ido ya de este perro mundo? ¡Qué repente! No te lo has pensado mucho, no. Visto y no visto, ni decir adiós. ¡Vaya una muerte tan buena que has tenido, ladrón, no te quejarás! ¡Encima de mi cuerpo serrano, como un sultán de la morería! ¡Para el otro barrio en el carro del fornicio, como está mandado! ¡Era lo propio! Viviste fornicando, y fornicando has muerto. ¡Lo propio! ¡Tacaño ruin, ni una mala cama, ni un espejo! ¡Siempre con el testamento en la boca, para no soltar un clavo mientras vivieras! ¡Viejo asqueroso, marrano de la mierda! ¡Ya has reventado, alacrán, ya no vas a mandar más! ¡Ya se acabó tu soberbia, que hasta en la cama mandabas como un emperador! ¡De usted, háblame de usted, lagarta! ¿Y ahora, qué? ¿Les vas a decir a los gusanos que te hablen de usted? ¿Te van a comer la lengua puestos de rodillas? ¿Te pedirán permiso para zamparse tus ojos legañosos? ¡De usted por tierra y de usted por mar! ¡Y de usted en el hoyo, gran señor!, ¡en el hoyo! ¡Buen viaje, y espéreme usted muchos años! **(Llama, mientras se viste deprisa y se va extinguiendo la escasa luz.)** ¡Juan! ¡Ariche! ¡Venid! ¡Que el amo está muerto! **(Oscuro.)** ¡Juanico! ¡Venga, espabilar!

(Los reflejos de una luz que no está en escena oscilan y parpadean, mientras se oye la voz de DONATA que, también fuera, conierta, ordena y dirige a los auxiliares del difunto. El espacio escénico, oscurecido más que alumbrado por los dichos reflejos, está vasto y expectante, presintiendo su violación inminente. Por el lateral opuesto al que depara la vacilante luz, asoman dos ganapanes soñolientos que se miran y escuchan mientras se amarran los remendados calzones. Son el NANDO, carrero que porta las mercancías y encargos a los pueblos de la sierra, y EL BANDERAS, tratante en mulas, aunque en verdad sólo es el mozo del tratante, que traslada las recuas por el monte mientras el amo remata en la vega los negocios.)

DONATA.- ¡No, ahí no le echéis! ¡Venid, dejadlo aquí!

ARICHE- (Jadeante.) ¡Madre mía, Virgen mía!

NANDO.- (En voz baja.) ¿Qué pasa?

EL BANDERAS.- (Lo mismo.) ¡Y yo qué sé!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Se habrá ido la luz por la tormenta. ¡Pesa lo suyo!

ARICHE- ¡Nunca pensé que don Terencio pesase tanto!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Ahí se ve que el finado está cadáver. ¡En el mucho peso! ¡Espera, que me resbala!

DONATA.- ¡Venga, menos charla! ¡Vaya par!

(Aparece DONATA por un lateral, sosteniendo en alto el candil y alumbrando a los que la siguen. Ahora que puede ser vista, acredita la treintena escasa y es una gallarda mujer de desenvueltas maneras, gesto provocador, y amiga de serpeos de cintura y bamboleos de caderas.)

ARICHE- ¡Se hace lo que se puede, bendito sea Dios!

DONATA.- (Viendo al BANDERAS y al NANDO parados enfrente, mientras el candil alumbrala estancia con mayor desahogo.) ¿Estáis vosotros ahí? ¡Echas una mano, que tenemos un percance!

(Hacen su entrada ARICHE, mozuelo escuálido, y JUANICO EL DE LA VENTA, cuarentón guapo y tripudo. Llevan entre ambos el cuerpo de DON TERENCIO, cubierto por una sábana. Se aproximan NANDO y EL BANDERAS.)

NANDO.- ¿Qué percance?

EL BANDERAS.- Pero, ¿qué coño le pasa a don Terencio?

DONATA.- Por las muestras, ha espichado el pobrecico. Como un santo, eso sí.

NANDO.- ¡Y será eso posible!

ARICHE.- ¡Ay, Virgen!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Bueno, ¿dónde lo ponemos?

DONATA.- Ahí, encima de la mesa junto a la pared, pero un poco separado. Así no estorba y está a la vista.

EL BANDERAS.- ¡Si no lo veo, no lo creo! ¡Muerto, don Terencio!

NANDO.- ¡Si parece imposible!

(Los golpes de un palo contra el suelo precedido a la aparición del CIEGO MARCHENA, cincuentón y corpulento, de voz poderosa, negras gafas, zurrón terciado y guitarra en bandolera. La DONATA cuelga el candil en una viga central.)

DONATA.- Ahí viene el ciego, y a sólo falta la abuela.

ARICHE.- En el suelo se ha muerto, engurruñío. ¿Tú has visto un gato, cuando los chiquillos lo han muerto a fuerza de tirarle piedras? Pues igual.

EL CIEGO MARCHENA.- ¿Cómo ha ocurrido la desgracia?

DONATA.- Rezando el rosario estaba el pobre, que lo oíamos desde la cocina mi hombre y yo, ¿no es verdad, Juanito?

JUANICO EL DE LA VENTA.- Verdad.

DONATA.- Y en esto sentimos como un golpe en el suelo. Me eché la saya, y me asomé. ¡Madre, qué susto!

NANDO.- ¡Te quedarías seca del pasmo!

DONATA.- Ni una gota de aire me quedó en el cuerpo. ¡Jesús, qué muerte tan repentina!

EL CIEGO MARCHENA.- ¡La mejor! Estaba rezando su rosario, y Dios lo llamó a su lado sin que sufriera. ¡El premio de la santidad!

ARICHE.- Pero si rezaba el rosario, tendría que tenerlo en la mano. Y no lo tenía.

DONATA.- Porque contaría las avemarías con los dedos. Como yo, muchas veces. Rezarlo, lo rezaba, que se oía en la cocina, ¿no es verdad, Juanito?

JUANICO EL DE LA VENTA.- Verdad.

DONATA.- Aquí está mi marido, que no me deja mentir. ¡Bien que se le oía, rezando en alto como un predicador!

NANDO.- Pues tenía más fama de putaño que de beato.

DONATA.- ¡Inventos de la gente! ¡Hay lenguas que son peores que cuchillos! ¡Envidias!

ARICHE.- ¡Los grandes señores son otra cosa que nosotros, y antes de hablar de ellos hay que tentarse la ropa!

EL CIEGO MARCHENA.- ¡Para los santos del Cielo, todos somos iguales! Pero hemos de considerar que somos pecadores, y no nos corresponde averiguar conductas ni poner tachas a la gente.

DONATA.- Eso está muy bien hablado y muy en su punto.

NANDO.- Yo no digo nada, pero él la fama la tenía.

EL BANDERAS.- ¡Coño, claro que la tenía! ¡Menudo era!

DONATA.- (Se le encara.) ¿Lo viste tú?

EL BANDERAS.- ¿Cómo?

DONATA.- Digo que si tú lo viste acostado con alguna.

EL BANDERAS.- Yo, no. Pero a lo mejor tú sí. O lo sentiste, que es igual.

DONATA.- (Tras un silencio general, a JUANICO EL DE LA VENTA.) ¿Has oído eso? ¡Tú oyes que me ponen de puta, y te da igual! ¡Ahí te quedas con las manos en los bolsillos, mirando al suelo!

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Si vamos a hacer caso de las malas lenguas!

DONATA.- ¡Desde luego, si hay un marido que se merezca dos buenos cuernos, ése eres tú! ¡Más altos que la torre de una iglesia, los debías tener! ¡La tonta soy yo, por no ponértelos y tener esta decencia!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Vamos a callarnos, que será mejor.

DONATA.- ¡Sí, hombre, sí, vamos a callarnos! ¡Que delante de ti me pongan de pendón para arriba, y vamos a callarnos! ¿Ha visto usted, tío Marchena, el maridazo que tengo?

EL BANDERAS.- De más te consiente, que es un pedazo de pan. Si yo fuera tu marido, ya te había picado la garganta.

DONATA.- ¿Y de qué ibas a ser tú mi marido, con esa cara de ahorcado? Pero, ¿tú te has mirado en un espejo?

EL BANDERAS.- Un suponer. Digo si lo fuera.

DONATA.- ¡Las ganas!, ¡las ganas, hijo!, ¡las ganas!

EL BANDERAS.- Oye, a mí no me chilles, que te meto una hostia.

EL CIEGO MARCHENA.- (Da en el suelo con el palo.) ¡Que hay un muerto de cuerpo presente, hombre! ¡Más respeto!

DONATA.- ¿Que tú me vas a pegar a mí? ¿Tú, desgraciado? ¡Piojoso, muerto de hambre! ¿A quién vas a pegar tú?

EL CIEGO MARCHENA.- (Otro golpe en el suelo.) ¡Silencio, todo el mundo! ¡Tú también, Donata!

DONATA.- ¿No ha dicho que me va a pegar? ¡Que me pegue, a ver si es hombre!

EL CIEGO MARCHENA.- ¡Aquí no pega nadie! ¡Vamos a tener más miramientos y dejar las pependencias!

EL BANDERAS.- Por mí, dejada. No quiero líos con mujeres.

DONATA.- Pues bien que las buscas.

EL BANDERAS.- Ni caso. (Se aproxima a JUANICO EL DELA VENTA, poniéndole un brazo sobre los hombros.) Tú eres un amigo, y por eso me joden ciertas cosas. Hale, ponme un vaso, y otro al Nando. Y tú bebes otro, que yo convidó.

JUANICO EL DE LA VENTA.- No hace falta, hombre. Venga, vamos.

DONATA.- ¿Ahora te vas a poner a beber?

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¿Qué pasa?

DONATA.- ¡Cómo que qué pasa! ¿Es que no lo ves? ¡Mira lo que tenemos ahí, tú dirás!

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¿Y yo qué quieres que haga?

DONATA.- ¡Ah, no sé! ¡Pero habrá que hacer algo, digo yo!

EL CIEGO MARCHENA.- Si puedo dar mi parecer, éstos son casos de mucho consejo. Os gobierna dar aviso a doña Madrona, y cuanto antes. Así queda el muerto de su incumbencia, y ya se hará a su cargo lo que ella diga. Vosotros veréis.

DONATA.- Pues dicho y hecho. ¿Lo has oído, Ariche? ¿Dónde te has metido? Venga, deja ya de sobar el muerto, que tienes que ir a Jévar.

ARICHE.- ¿Es que no voy a poder ni rezar por su alma?

DONATA.- Por el camino rezarás todo lo que quieras.
¡Aviva!

NANDO.- ¡Mira que si no está muerto y se despierta de repente!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Está bien muerto. Eso se ve.

EL CIEGO MARCHENA.- Se dan casos.

DONATA.- ¡Ariche! ¡Me has oído, sí o no!

ARICHE.- ¿Y voy a ir yo ahora, de noche, por esos caminos?

DONATA.- A lo mejor te comen.

ARICHE.- ¡Yo solo no voy!

DONATA.- ¡No me tienes la paciencia!

NANDO.- Hace una noche muy hermosa.

EL CIEGO MARCHENA.- Rezando por el camino, no tendrás ningún miedo.

JUANICO EL DE LA VENTA.- Vas en burra, y, ni lo sientes.

DONATA.- Vas andando, que tienes buenas piernas. Te pones allí en un salto, das la razón, y te vuelves por si hicieras aquí falta.

ARICHE.- ¡Y hasta la ayuda de la burra se me va a negar!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Déjalo que se la lleve, mujer. En la cuadra no está haciendo nada.

DONATA.- Se la pudiera precisar.

ARICHE.- ¡Lo que no quiere es dejármela!

EL CIEGO MARCHENA.- Se va a ir la noche sobre si se lleva o no se lleva la burra.

DONATA.- ¡Anda, anda, llévatela para hablar por el camino!
¡Pero a ver cómo la tratas! ¡Vivo, y a puedes ir saliendo antes de que me arrepienta!

NANDO.- Mira por dónde, vas a ir hecho un civil.

EL BANDERAS.- ¡Hale, arrea!

DONATA.- ¡No la rompas!

JUANICO EL DE LA VENTA.- No has que tener miedo, Ariche. ¡Hay que ser hombre!

ARICHE.- ¡Se dice muy fácilmente!

EL CIEGO MARCHENA.- La oración combate el miedo. ¡No hay refugio más seguro!

ARICHE.- En fin, allá voy. Que sea lo que Dios quiera. (Sale.)

DONATA.- ¡Y no corras a la burra! ¡Que no la vayas a destrozar!

ARICHE.- ¡Ya lo sé, no estoy sordo!

DONATA.- (Grita.) ¡Poca vergüenza! (Más bajo.) Lo pavisosico que era, y qué borde se está volviendo.

JUANICO EL DE LA VENTA.- A trancas y barrancas, eso sí, pero acaba cumpliendo.

EL CIEGO MARCHENA.- Esa es la esencia, el cumplir. Así cumpliéramos todos.

DONATA.- Pues por mí no queda. Voy a amortajar a don Terencio antes de que se enfríe, que luego no se va a poder.

EL BANDERAS.- (A JUANICO EL DE LA VENTA.) Y nosotros vamos a echarnos un trago, que aquí no hacemos falta. Usted también, tío Marchena.

DONATA.- Juanico, hay que ir a lo del Chamba, que nos dejen las velas que les sobraron del velatorio del tío Domingo.

JUANICO EL DE LA VENTA.- Pero si hay velas aquí. Aquéllas que se dejó el veterinario.

DONATA.- ¡Dos cabos indecentes! ¡Como si sirvieran para algo se las iba a dejar! Se las pondré mientras traes las otras.

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¿Y no te puedes arreglar con ellas hasta que sea de día?

DONATA.- Hacen falta cuatro velas, ¿o es que no lo sabes? Di que se las pagará doña Madrona. ¡Vuela!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Yo solo, no voy ni en sueños. No tengo miedo, pero la noche impone.

DONATA.- ¡No te joroba, el tío cagón, con lo que sale!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Se puede venir alguno. Yendo dos, ya es otra cosa.

DONATA.- ¡Pero bueno, si está ahí al lado!

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Sí, pero es de noche!

EL BANDERAS.- Yo voy si se viene también el Nando. Así ya somos tres.

NANDO.- ¿Y usted qué hace, tío Marchena? ¿No se viene?

EL CIEGO MARCHENA.- ¡Hombre! Yo, si vais todos, no tengo inconveniente en acompañaros...

DONATA.- ¡Madre mía, en cuadrilla tienen que ir!

EL BANDERAS.- ¡Es de noche, guapa!

DONATA.- ¡A una casa que está enfrente!

NANDO.- No tan enfrente, Donatilla. No tan enfrente.

EL CIEGO MARCHENA.- Además, ésta no es una noche normal. Tenemos a la Muerte rondando por aquí.

DONATA.- ¿No dice usted que rezando se quita el miedo?

EL CIEGO MARCHENA.- ¡Leches!

(Los cuatro jerifaltes se apelotonan, disponiéndose a salir bien juntitos.)

DONATA.- ¡Eh, un momento! ¡Menos prisa, que no vais a apagar un fuego! **(Llama hacia un lateral, abocinando las manos para reforzar el vozarrón.)** ¡Madre María! ¡Eh! ¿Me oye? ¡Abuela! ¡Baje a la sala! ¡Venga, corra!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Pero déjala que duerma, si no va a hacer más que estorbar.

DONATA.- ¡Sí, claro! ¡Y yo me quedo sola con el muerto!
¡No me da la gana!

EL CIEGO DE MARCHENA.- ¿Hay miedo, comadre?

EL BANDERAS.- ¡Te va a agarrar el Terencio por los pelos!

DONATA.- ¡Viento! Iros a hacer puñetas, yo voy a despertar a la vieja.

(Descuelga el candil, y con él se dirige a la salida del lateral.)

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Vámonos, que nos deja a oscuras!

EL CIEGO DE MARCHENA.- ¡Esperad, no me dejéis atrás! ¿Eres tú, Banderas?

EL BANDERAS.- Sí, yo soy. Agárrese. Cuidado, el escalón.

EL CIEGO DE MARCHENA.- Ya, ya.

JUANICO EL DE LA VENTA.- Todos juntos. Vamos todos juntos.

DONATA.- (Saliendo con el candil.) ¡Adiós, leones!

(La salida de DONATA con el candil, determina necesariamente el oscuro. Poco después, nuevamente la luz mortecina y danzante precede como un heraldo a quienes la llevan y hace cambiar de sitio los claros y sombras.)

DONATA.- (Entra, candil en mano.) ¡Que necesidad tendrá usted de traerse encima sus potingues!

(Tras ella entra LA TÍA CONEJITA, vieja consunta y cheposa con negro chal sobre la camisa y blancas greñas enhiestas como cresta de abubilla, astrosa alforjuela al hombro, ramas de romero bajo el brazo y una caldereta en la mano.)

LA TÍA CONEJITA.- ¡Yo me entiendo!

DONATA.- (Cuelga el candil de la viga y enciende en él dos cabos de vela que saca de un bolsillo de su delantal.) ¡Oiga, no me irá a hacer en la sala sus porquerías!

LA TÍA CONEJITA.- (Colocando en el suelo sus trebejos.) Mejor estar en la solana, con su buena luna. Si vengo aquí es por darte gusto, guapita, así que apechuga.

DONATA.- ¡Pues vay a negocio! ¡Me busco compañía para no tener miedo, y resulta que mejor estaba sola!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Calla, tontorrón, quién habla de miedos! ¡Esto es la sal de la vida!

DONATA.- (Poniendo los cabos de vela a los pies y cabecera del difunto.) Ande, vamos a amortajar al muerto, y lo ponemos bien guapo.

LA TÍA CONEJITA.- Déjalo, que se amortaje solo. Tú ven conmigo. (Enciende una ramita de romero en la llama del candil.) ¡Vamos a armar la de Dios!

DONATA.- ¡No encienda fuego aquí, madre María, que se prende algo y tenemos un finibusterre!

LA TÍA CONEJITA.- (Aplicando la ramita encendida al resto del romero.) ¡Lástima, no ardiera toda la venta como un papel! Ven, hermosa mía, deja esa momia y vente conmigo, que te voy a presentar al compadre Rabo Largo. ¡Babea por ti, el muy tunante! Ven, que te lo presento.

DONATA.- Lo dejamos para otro día, que ahora estoy ocupada.

LA TÍA CONEJITA.- Esta es la mejor ocasión, tontita, cuando tienes la carne caliente de fornicio y adulterio.

DONATA.- (Agría.) ¡Menos mal que la conozco, porque hay que oír las cosas que salen de su boca! ¡Si la oyera la gente!

LA TÍA CONEJITA.- ¡No te enfades tú, ojazos míos, con quién más te quiere!

DONATA.- ¡Pues mire lo que dice y lo que inventa!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Huy, cómo se pone, si clan ganas de comérsela! ¡Pero qué bien te parieron, guapetona!

DONATA.- ¡Guárdese las flores, que no me hacen falta!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Pues qué barbaridad, hija, los humos que gastas! ¡Ni que fueras la reina de Barcelona! **(Coloca la caldereta al fuego, sobre una trébedes.)** ¡No te digo!

DONATA.- ¡No me haga guarradas en la sala!

LA TÍA CONEJITA.- Voy a hacer un hechizo que se va a abrir la tierra hasta el tuétano.

DONATA.- ¡Y dale con los hechizos! ¿No ve usted que se le ríen hasta los chiquillos?

LA TÍA CONEJITA.- ¡Bastante saben los chiquillos! ¡Mira, qué autoridad! ¡Los chiquillos!... Aguarda, verás lo que es bueno. ¡Ahora verás!

DONATA.- ¡Como si no lo hubiera visto, madre mía! ¡Y me lo sé de memoria! «Conjúrote, triste Plutón...».

LA TÍA CONEJITA.- ¡Eeeh! ¡Chito, chito, chito! No corras tanto, que te sales del caminillo! Ese conjuro es demasiado ilustre y famoso para esta ocasión tan funeraria. Hoy voy a hacer uno especial de mi marca. Espera, espera que hierva la caldereta. Espera que hierva la negra olla, que te vas a mear a lo largo de las piernas. De las dos, fíjate lo que te digo. ¡Te las vas a poner mininas! ¡Cuando veas el prodigio, de rodillas me pides que te enseñe el arte! ¡Y yo te voy a dar una higa así de gorda! ¡Toma!

DONATA.- ¡No quiero yo aprender brujerías!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Peor para ti! ¡Con aprender, nada perderías! ¡El saber no ocupa lugar!

DONATA.- ¿Y por qué no se lo enseña a su hijo?

LA TÍA CONEJITA.- ¡Pero qué dices! ¿Qué le voy a enseñar a ese memo? ¡Si es más tonto que la tierra de un camino!

DONATA.- ¡No le dará vergüenza hablar así, usted que lo echó al mundo!

LA TÍA CONEJITA.- Soy su madre y lo quiero, pero eso no quita. El pobre es un poco faltó, qué le vamos a hacer. ¡En cambio, tú! ¡Ay, si tú hubieras sido hija mía! ¡Anda, ven aquí! Deja el muerto y ven aquí, que vamos a hacer el hechizo las dos juntitas, como dos abadesas.

DONATA.- ¡Pero no ve que no puedo, que estoy amortajando a don Terencio!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Dichoso don Terencio! ¡Hasta después de muerto tiene que estorbar!

DONATA.- ¡Pobre! ¡Ya es lo último que estorba, el desdichado!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Menos mal! ¡Vaya, por dejarnos tranquilas, le voy a echar una mano!

DONATA.- Ande, sí, ayúdeme, y entre las dos lo arreglamos.

LA TÍA CONEJITA.- ¡Que te joda un pulpo, preciosa! Pero, ¿tú me ves a mí cara de mortajera? ¡Yo lo mando al Cielo con un hechizo de difuntos! Un réquiem de los míos, y lo subo como el humo. ¡Derechito, como la vara de San José! ¡A enemigo que huye, puente de plata!

DONATA.- A usted no hay quién la baje del burro.

LA TÍA CONEJITA.- Voy a ir echando los ingredientes, antes de que silbe el agua. (**Busca en la alforjilla.**) ¡Aquí está! ¡Rabo de salamandra! No te rías, Donata, que el rabo de lagartija tiene la misma virtud. (**Echa el rabo en la olla.**)

¡Rabo de salamandra! ¡Rabo de lagartija!

¡Haz que hierva y rebulla el agua en la botija!

DONATA.- (Riendo.) ¡Pero si eso no es una botija!

LA TÍA CONEJITA.- (Mientras busca en las alforjas.) ¡Tú te callas! (**Añade al caldo nuevos condimentos.**)

¡Piedra de basilisco! ¡Azufre solimán!

¡El cliente de la loba! ¡La uña de alacrán!

DONATA.- ¡El palo de la escoba! ¡Los güevos del sultán!
¡Jo, jo, jo!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Menos cachondeo, niña, que esto es muy serio!

Sapo, gordo y blando
con ojos saltones,
cuécete chillando,
hiérvete a borbotones.
¡Y la piel de una culebra!
¡Y la oreja de un ratón!
¡Y el meado de una hembra!
¡Y la mierda de un cabrón!

DONATA.- ¡La madre que la parió, que me está revolviendo las tripas!

LA TÍA CONEJITA.- (Continúa imperturbable, cada vez más lúgubre.)

Huesos de un difunto, pata de gallina,
la bruja cocina
en la negra olla sabatina.

Y ahora, bien removido, bien removido, que cueza todo a la vez.
¡Hierve, hierve! Ven, hija Donata, encuérate y échate un baile alrededor de la olla, que verás cosa buena. Vamos, decídete y verás el Rabudo, qué pronto viene al olor de tus carnes. ¡Le gustan las buenas mozas al hijo de la grandísima! ¡Golfo, putañoero! Quédate en cueros y échate un baile, que nos sale redondo. Anda, mujer, hazlo por mí.

DONATA.- ¡Conmigo no cuente para sus guarrerías!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Qué ignorante eres, criatura! ¡Qué incultura más lastimosa! ¡Qué sabrás tú!... Ya silba el agua, ya va a hervir... ¡Qué sabrás tú, ignorantona! ¡Ay, si tú supieras lo que te pierdes!, ¡pudiendo montarte desnuda en un macho cabrío y volar por los rayos de luna! ¡La Reina del Aquelarre! Al principio iríamos juntas, para que te fueras acostumbrando...

DONATA.- ¿Las dos en pelota?

LA TÍA CONEJITA.- ¡Las dos! ¡Como dos reinas!

DONATA.- ¡Montadas en un cabrón volador!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Como dos arzobispos! ¡Ay, cómo me honraría el llegarme a la fiesta contigo! ¡La vergüenza que yo paso, cuando allí veo que a ninguna de mi edad le falta su discípula sino a mí, que me presento siempre más sola que la una! ¡Ay, qué bendición si tú quisieras, hija Donata! ¡Qué orgullo, qué honra, poder decir a todos: soy la última en traer aprendiz, pero ved lo que traigo! ¡Mirad qué cara, qué ojos, qué cuerpo! ¡Ay, Dios! ¡Ya puedo morirme contenta, ya tengo descendencia y linaje! ¡Ya no soy un hierbajo sin simiente ni fruto! ¡Ay, si tú quisieras!

DONATA.- ¡Pero, madre María, no se lo tome así! Eso no es más que fantasía y triste aire de la chola, ¿no lo ve? ¿No ve que no va a ninguna parte, ni se monta en ningún chivo? ¡En qué chivo se va a montar! ¿No ve que no hay nada de eso, mujer? ¿No tiene ojos en la cara?

LA TÍA CONEJITA.- ¿Que no hay nada? ¡Ay, cómo habláis los ignorantes! ¡Siempre diciendo que no existe lo que no sabéis! Pero aguarda un poquito, hermosa, deja que hierva la olla, que va está empezando. ¡Con esos dos ojazos verás el prodigio y se te van a quedar como platos! Pero tú no te asustes, hija querida, que a ti no te va a pasar nada. ¡Si dentro de poco lo vas a hacer tú! En menos de un año te pongo al corriente, óyeme lo que te digo. ¡Has de ser mejor que tu maestra!

DONATA.- Calle, calle y atiende a su olla, que creo que ya hierve.

LA TÍA CONEJITA.- ¡Es verdad, que hirviendo está! ¡Se me había ido el santo al cielo! ¿Ves? Ya me has hecho el primer servicio, sin darte ni cuenta. Así es esta bendita ciencia, que se aprende sin sentir. **(Remueve con el cucharón.)** ¡Hierve, hierve, potaje sabático! ¡Cuece, bulle, brebaje hechicero! ¡Los duendes y gnomos presos en burbujas, las dejan y salen envueltos en blanco vapor! ¡Ya se acerca el momento, ya viene, y a llega la hora del conjuro solemne!

(Arrodillada ante la negra caldereta cuya panza lame el fuego, LA TÍA CONEJITA levanta la vista y eleva los desnudos brazos de esqueleto que emergen entre los flecos del mantón, lentos y rituales. LA TÍA CONEJITA, solemne y grotesca, es el oficiante familiar y transfigurado de una vieja religión sencilla y popular. Recogida junto al frío DON TERENCIO, DONATA interrumpe una vez más su desgarrado quehacer de amortajadora y, entre burlona y medrosa, contempla a la anciana hechicera que formula el conjuro.)

LA TÍA CONEJITA.- ¡Ay, madre Gorgonia! ¡Maestra de maestras! ¡A ti te invoco la primera, madre buena! ¡A ti, que me guiaste de tu mano, condujiste y alumbraste! ¡A ti, que me diste el pan de la enseñanza de las secretas artes! ¡Madre Gorgonia queridísima, sabia entre sabias, discípula predilecta de la gran madre Retuerta, a quien yo alcancé a conocer en mis tiernos años! ¡En el Cielo estás a su lado y con ella te solazas, la regalas y acaricias, que no tuvo hija que más la amase! ¡La dichosa Retuerta, que tuvo por maestra a la madre Benedicta, la que bailando de moza hechizó a un coronel de los franceses, y que fue adoctrinada por la madre Carigorda, que era discípula de la Luján, la de la nube en el ojo! ¡Qué no hizo la Luján, gracias a las buenas lecciones de la madre Domiciana que a su vez las recibió de la Montiel, la muerta en la hoguera, discípula que fue de la ilustre Camacha, a quien enseñó la oculta ciencia aquella segoviana Saturna de inmortal memoria! ¡Por mentora tuvo Saturna a la misma que la había parido, y así la madre Soterraña vino a ser para ella dos veces madre! ¡Oh, Soterraña venturosa, que pariste tal hija y, sobre eso, recibiste doctrina de la conocida Areusa, que tuvo por sin par maestra a la excelsa madre Celestina, tronco y basamento de tantas de nuestras dinastías y linajes! ¡A todas os recuerdo, a todas os honro y os alabo, a todas os invoco! Y a ti, buena Gorgonia, madre y señora mía, a ti te pido por el amor que me tuviste y que te tengo, que vuelvas acá tus ojos y mires a este retoño tuyo en el ejercicio de las prácticas y virtudes que de ti aprendió. Atiende y mira a tu hija María la de Paroya, a quien tú llamabas Conejita por el inquieto hociquillo que desde chica tuvo. ¡Mal rayo te ciegue por aquella putada, que para los restos me quedó el mal nombre! Mírame con buen semblante, madre mía, y hónrate con la cosecha de lo que en mí sembraste. ¡Aquí me tienes, aparejada y dispuesta para brindarte un conjuro con fórmula magistral! ¡Ayúdame, madre Gorgonia! ¡Ven, ponte a mi lado, arrímate a mi cuerpo, envuélvame tu aliento! ¡Así! ¡Así, ya te siento! ¡Ya tengo el aire frío de tu espíritu negro apoyado en la espalda! ¡Tus uñas en el cuello! ¡Tus tetas en los hombros! ¡Tus voces en la oreja! ¡Así, así! **(Pausa. Se concentra sobre la triste olla.)** ¡Escucha tú, señor de las tinieblas, el potente conjuro de mi mágico numen! A ti te invoco, ángel desterrado y príncipe de encarcelados, deportados, expulsados y proscritos. A ti te invoco, ángel encadenado, príncipe de los que arrastran cadenas consumiéndose en cárceles y mazmorras. A ti te invoco, ángel torturado, príncipe de cuantos reciben tormento con hierros o

cordeles, con la rueda o el fuego, señor de los apaleados, mutilados retorcidos. A ti te invoco una y tres veces, ángel subterráneo, príncipe de los que no ven el sol ni bajo él tienen sitio, de los escondidos, los perseguidos, los cazados como alimañas por hombres y por perros. A ti, Lucifer, portador de la Luz que moras en lo oscuro, el de las magras carnes y renegrido cuerpo, el de los grandes ojos profundos y dolientes. ¡Señor de los hambrientos, señor de los desnudos! Yo te conjuro por la miseria, por el dolor y la desesperación de tu pueblo; por las tripas hinchadas y los ojos saltones de cada niño muerto en el seco regazo de las hambres amargas; por los vómitos y alaridos de los hombres torturados por hombres; por la saliva sangrienta que mancha los labios de las cabezas cortadas, por los ahorcados de quebrado cuello, por el oscuro vértigo de las cámaras en que silban los gases, por los sesos saltados junto a grises paredones, te conjuro de nuevo y te requiero a que me des satisfacción fiel y cumplida con señal de certeza, remitiendo al fiero amo de duras entrañas que en esta casa ha muerto a la celeste corte de la que era cliente; que allí obedezca, sirva y cante ajenas alabanzas, ya que siempre fue obedecido, servido y alabado; apártalo de ti, no lo mezcles con tu dolida gente, mira que en tanto que vivió le fue por natura enemigo y verdugo por obras; váyase al otro reino aunque tal sea su gusto, no nos des hermano al lobo carnicero que comió nuestra carne. Hazlo como te pido, y mandada me dejas. En cambio, no lo hagas y verás que de ti me desgarró; por traidor te señalo, y tu fama deshonor pintándote con tu imagen antigua de querubín mocosito con rosados mofletes y plumitas azules. Con el poder de mi hechizo una y otra vez te conjuro, hasta las siete veces y siete veces siete. Acata mi mandato y dale cumplimiento en sus términos propios, bicorne emperador de los negros alcázares. Aquí quedo esperando la señal que te pido, que ha de venir ya mismo, sin tardarse ni un punto.

DONATA.- (Medrosita y acurrucadica al amparo del muerta.) Siempre al final me acojono un poco. ¿Qué señal va a ser ésa, madre María? ¿No será cosa de peligro?

LA TÍA CONEJITA.- ¡Ssst! **(En voz baja.)** Saldrá revoloteando un murciélago de la olla. En ese mismo instante, entra el amo en el Cielo.

DONATA.- (Reanimada.) ¡Ay, pobre! ¡No puede esperar sentado!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Cállate, carajo! Cállate, que ya se le oye que quiere salir.

(Se acerca DONATA. Ambas miran atentas a la olla, que se enfría sobre las cenizas. Pausa. Para tristeza del director, de la olla no sale murciélago alguno. Acongoja la duda a LA TÍA CONEJITA.)

DONATA.- Pues parece que el murciélago ha cambiado de idea.

LA TÍA CONEJITA.- ¡No sale, no sale el puñetero!

DONATA.- A ver si es que se está comiendo el potaje.

LA TÍA CONEJITA.- ¡Te has reído de mí, Pata de Cabra! ¡Me has engañado como a una novicia! ¡Cornudo, cabronazo, me has puesto en evidencia de mala manera, delante de esta joven! ¡Ay, qué hijo de puta! ¡Ay, qué maricón! ¡Ay, ay!

DONATA.- ¡Bueno, no coja ese sofoco! Tenga paciencia, que tampoco es para tanto.

LA TÍA CONEJITA.- ¡Ay, que no es para tanto, dice! ¡Y que no es para tanto!

DONATA.- ¡Qué ha de ser! ¿A nosotras qué nos va ni nos viene que don Terencio esté en el cielo o en las calderas de Pedro Botero? ¿Es que es algo nuestro?

LA TÍA CONEJITA.- ¡Si no es eso, mujer, no es eso! Es el feo que me ha hecho este desastrado, es el desprecio. ¡Ay, a mí me da algo!

DONATA.- ¡Arriba ese pecho, y mándelo a la mierda con un corte ele mangas de puño bien cerrado! ¡Así!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Eso, así! ¡A la mierda! ¡Así!

DONATA.- ¡Muy bien, diga que sí!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Así, así!

DONATA.- Venga, mire cómo esta el muerto amortajado con la sábana. ¿A que está muy guapetón? ¿Eh?

LA TÍA CONEJITA.- ¡Así! ¡Ay, mi amo, quién te ha visto y quién te ve! ¡Pero, Donatica, qué chapuza es ésta! ¡Vaya mortajera que estás tú hecha!

DONATA.- ¡Y para bajar al hoyo, qué más quiere!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Pero, criatura, qué manos de sarraceno tienes! ¡Mira, si se le ve el borde! ¡Y hasta se puede meter la mano, cucha! ¡Mira, cómo sale todo, que se queda encarnes! ¡Uuuuh, cómo sale todo! ¡Uuuuh!

DONATA.- ¡Pero qué está haciendo, mujer, no me lo descomponga, que me lo echa a perder!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Anda la pilila! ¡Ji, ji, ji! ¡La pilila del muerto! ¡Uh, qué chiquitilla!

DONATA.- ¡Madre María, no sea gorrina, deje eso ahora mismo!

LA TÍA CONEJITA.- ¡La pilila, Donata, la pilila! ¿Qué te recuerda, picarona?

DONATA.- ¡Quítese de ahí, le digo! ¡Maldita vieja, siempre con el mismo tema! ¡No ve que lo descompone, no lo ve!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Suelta, suéltame, celosona! ¡Si no me la voy a comer! ¡Quita!

DONATA.- ¡Usted es la que se va a quitar, que lo está desbaratando todo! ¡Que lo está dejando en cueros!

LA TÍA CONEJITA.- Oye, Donata, vamos a cortársela. Le damos el tajo, y se la cortamos. ¡Imagínate, un hechizo con pilila de difunto! ¡El completo! ¡Ese sí que no falla! ¡Se la cortamos, se la cortamos! ¡Deja, yo se la corto, si tú no quieres!

DONATA.- ¡La pilila de don Terencio se queda en su sitio! ¡Y ni una palabra más!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Jesús, hija, cómo eres! ¡Si nadie se va a enterar! Se le pone la mortaja bien, y no se nota.

DONATA.- ¡Eso lo dirá usted! pero yo me la juego. Mañana se lo lleva su mujer, lo ve, y me la juego. ¡Por cosas así, salen cárceles!

LA TÍA CONEJITA.- Nunca me das un gusto, niña, nunca me das un gusto. Parece mentira.

DONATA.- De más le doy, y usted lo sabe.

LA TÍA CONEJITA.- ¡No te enfades tú conmigo, pichona mía, dame un besito! ¡Ay, cuánto la quiero!

DONATA.- Y ahora, a ser buenecita, ¿eh?

LA TÍA CONEJITA.- Buenecita, buenecita. Trae, que te toque un poquito ese culo, anda.

DONATA.- ¿No quedamos en que esas cosas no se hacen?

LA TÍA CONEJITA.- Sólo esta vez, una pizca. Una pizca de nada. ¡Ay, qué hermosura, corazón!

DONATA.- Bueno, ya lo ha tocado, ya está. Otro día, la dejo otro poco.

LA TÍA CONEJITA.- Pero si no ha sido nada, roñosa. Espera, un poquito más; sólo un poquito más.

(Se oye golpear en la puerta y las voces simultáneas que piden franqueo.)

VOZ DENANDO.- ¡Abre, Donatilla, que nos helamos!

VOZ DEL BANDERAS.- ¡Date prisa, que vienen los mengues!

DONATA.- ¡Corred la tranca, que está abierto el ventano!

LA TÍA CONEJITA.- Mira, qué a tiempo llegan esos dos, que son más burros que las bestias que llevan. Me voy a mi solana.

DONATA.- Quédese aquí, madre María, que me parece que vienen solos.

LA TÍA CONEJITA.- Y luego le cortamos la punta, ¿eh? ¡Sólo la puntita!

DONATA.- ¡Ni la punta, ni la puntita! ¡Que se le quite eso de la cabeza!

LA TÍA CONEJITA.- (Muy tiesa, llevándose la olla y el candil.) ¡Pues ahí te quedas! ¡Cómetela, y que te aproveche!

(Entran NANDO y EL BANDERAS, con la greña por la cara y el resuello cortado por la carrera.)

EL BANDERAS.- ¡Pero si tenemos aquí a la tía Conejita!

NANDO.- ¡Menos mal que se deja ver!

LA TÍA CONEJITA.- (Saliendo sin mirarles.) ¡Queden ustedes con Dios!

EL BANDERAS.- ¿Otra vez a su cuchitril? ¡Está como una cabra!

NANDO.- A esa pobre mujer debíais mandarla a algún sitio.

DONATA.- ¿Y el Juanico y el ciego?

EL BANDERAS.- Ya vendrán. Nando, una tranca a esa puerta, que se quede la vieja en los altos.

DONATA.- ¿Y a santo de qué tenéis vosotros que atrancar la puerta?

EL BANDERAS.- Para que no moleste.

DONATA.- (Alarmada.) ¿Qué ideas os traéis?

NANDO.- ¡Je! Ideas...

EL BANDERAS.- ¿A ti qué te parece?

DONATA.- A mí me parece que os vais a largar por donde habéis venido, y aquí no ha pasado nada. Venid con los otros.

EL BANDERAS.- Primero nos damos un revolcón, y luego nos vamos. Hay tiempo para todo.

NANDO.- No tengas miedo, Donatilla.

DONATA.- ¿Quién tiene miedo?

NANDO.- ¡Ahí, las hembras con empuje!

EL BANDERAS.- Tú no te apartes de esa puerta, que por ésta no salga.

DONATA.- ¡Salgo y entro cuando quiero, que estoy en mi casa!

EL BANDERAS.- Eso lo vamos a ver.

DONATA.- (Cogiendo las trébedes en que estuvo la olla.)
No te acerques más, chulo de mierda. No des un paso, que te rompo la cabeza.

NANDO.- ¡Que te hace cara, Banderas! ¡Que te tragas las trébedes!

EL BANDERAS.- Ven aquí, Seronera, que te voy a arreglar el cuerpo.

DONATA.- ¡Tengo quien me lo arregle!

EL BANDERAS.- Suelta eso, que me voy a cabrear y va a ser peor.

NANDO.- Sé buena, Donatilla, que cuanto antes empecemos antes acabamos.

EL BANDERAS.- Ven aquí, Seronera.

DONATA.- ¡No te acerques! ¡No te acerques, que te estampo los sesos! ¡Quieto ahí! ¡Toma, cabrón!

(Errando el blanco, las trébedes se pierden con estrépito.)

NANDO.- ¡Joder, por qué poco! ¡Si te da, te mata!

DONATA.- ¡Dejadme en paz!

EL BANDERAS.- Esta me la pagas.

DONATA.- ¡No te he hecho nada!

EL BANDERAS.- ¡Esta me la pagas, pendonazo!

(Salta EL BANDERAS hacia ella, huyendo DONATA hacia la proximidad de NANDO, que la alcanza y agarra.)

NANDO.- ¡Quieta, leona!

DONATA.- (Grita.) ¡Madre María! ¡Madre María, baje!
¡Madre!

EL BANDERAS.- (Se acerca.) ¡Tápale la boca! ¡Tápasela, rápido!

NANDO.- (Mientras forcejea con DONATA.) ¡Deja que llame, si está puesta la tranca!

(Entre los dos sujetan a la mujer y la palpan, abrazan y zarandean.)

EL BANDERAS.- ¡Ven aquí, putón! ¡A ver qué haces ahora!

DONATA.- (Forcejeando.) ¡Cabrones, hijos de puta! ¡Os va a costar caro! ¡Soltadme, soltadme, cabrones!

NANDO.- ¡Al suelo con ella!

DONATA.- ¡Soltadme! Pero, ¿qué hacéis?

EL BANDERAS.- (Mientras ambos la tumban.) Ahora verás lo que hacemos. Ahora lo verás.

DONATA.- ¡Madre María! ¡Os va a costar caro! ¡Esto se paga en la cárcel! ¡Se paga en presidio!

NANDO.- ¡Las faldas! ¡Ahora, las faldas!

EL BANDERAS.- Sujétale los brazos, yo la remango.

NANDO.- Eso está hecho. Así, quieta.

EL BANDERAS.- No, sepáraselos para remangarla hasta los sobacos.

DONATA.- ¡Me cago en la leche que os dieron, hijos de puta! ¡Cabronazos!

NANDO.- ¡Cuidadito con lo que dices!

EL BANDERAS.- ¡Te voy a cortar la lengua con la navaja!

NANDO.- Venga, álzale la ropa, a ver qué tiene debajo.

EL BANDERAS.- ¡A enseñarlo todo, pendón! ¡Más, más arriba, que te vea yo hasta los hígados! ¡Al cuello! ¡Al cuello, ahí!

DONATA.- ¡Madre María, llame por la solana! ¡Que me están matando!

VOZ DE LA TÍA CONEJITA.- (Tras la puerta.) No te matan, no. No chilles, que no te matan, que lo sé yo. Ábrete de piernas, hermosa, que es lo mejor para el caso. Ábrete de piernas, no seas pava.

DONATA.- ¡Ay, la puta vieja, vaya un remedio! ¡Soltad, cabrones!

NANDO.- Haz lo que te dice, Donatilla, ábrete de piernas, que esto no es nada.

DONATA.- ¡Una poca mierda!

EL BANDERAS.- Las vas a abrir por las buenas o por las malas. Deja que te quite las bragas, y ya me lo dirás.

NANDO.- Date prisa, que el tiempo vuela.

DONATA.- ¡Madre María! ¡Madre María! ¿está ahí? ¡Dé voces! ¿Me oye? ¡Madre María! ¡Suelta, maricón, suelta!

EL BANDERAS.- ¡Ay, cómo cocea, la mula guiñosa ésta!

DONATA.- ¡Hijos de la gran puta, me cago en vosotros!

NANDO.- ¡Pero sujétale las piernas, coño!

EL BANDERAS.- ¡Pues eso estoy haciendo! ¿O es que no lo ves? ¡Espera que te enganche, Seronera, que te parto la boca! ¡Vas a escupir las muelas!

DONATA.- ¡Madre María! ¿Dónde se ha metido?

EL BANDERAS.- ¡Quieta ya! ¡Quieta ahí, quieta! Ya te tengo, mala puta, se acabó el pataleo.

DONATA.- ¡Me cago en vuestros muertos, cabrones, os vais a arrepentir! ¡Madre María! ¡De ésta os acordáis!

EL BANDERAS.- ¡Tú sí que te vas a acordar de los guantazos que te voy a dar como no te calles!

DONATA.- ¡Una mierda, me voy a callar! ¡Madre María! ¿Me oye? ¡Madre María!

NANDO.- Banderas, date prisa, que estamos perdiendo el tiempo.

DONATA.- ¡Soltarme ya, hijos de mala madre!

EL BANDERAS.- ¿A que te rompo la cara? ¿A que te la juegas?

DONATA.- ¿Y qué te juegas tú a que mañana voy al puesto y os denuncio?

EL BANDERAS.- ¿Tú al puesto? ¿Tú?

DONATA.- ¡Sí, yo al puesto, qué pasa! ¡En cuanto se haga de día!

EL BANDERAS.- ¡Ni en sueños, te acercas tú a una legua de allí! ¡Que te conozco muy bien!

DONATA.- ¡No te fíes, por si acaso!

NANDO.- ¡Pero, leche! ¿Os vais a poner ahora de conversación?

(Se oye la voz de JUANICO EL DE LA VENTA, dando un alarido de terror que provoca el susto de los jayanes. Fuertes golpes en la puerta, acompañados de los correspondientes clamores.)

VOZ DE JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Aaaay, ay! ¡Donata, abre, corre! ¡Ay, madre! ¡Aaay! ¡Abrir, abrir! ¡Ay, aaah...!

NANDO.- (Soltando a DONATA.) ¡Hostias! ¿Qué pasa ahora?

DONATA.- (Ya suelta por ambos ganapanes, levantándose y acudiendo.) ¡Ya, ya voy! ¡Espera, que voy! (Sale.)

EL BANDERAS.- ¡Joder, qué noche!

NANDO.- Mira, mira lo que pasa, por entretenerse.

EL BANDERAS.- De todas maneras, no daba tiempo, pero ésta cae, fíjate lo que te digo. En cuanto haya ocasión, nos la tiramos. Es una calentona, ¿no has visto que lo estaba deseando?

(Entra JUANICO corriendo, pálido y descompuesto. Lo hace tras él DONATA, inquieta y curiosa.)

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Ay, Virgen! ¡Ay! ¿Estáis vosotros ahí? ¡Ay, qué susto, qué susto! ¡Ay! ¿No estaba cuando vinisteis? ¿No estaba? ¡Ay, yo me ahogo! ¡Me da un ataque! ¡Está en la puerta! ¡En la puerta! ¡Ay!

EL BANDERAS.- (Sobre las exclamaciones de JUANICO.) Pero, ¿qué pasa, hombre?

DONATA.- (Que le ha seguido, tratando de interrogarle.) ¡Juan, que me estás asustando! ¿Qué ha pasado? Pero, ¿qué dices? ¿Quién está en la puerta?

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Un espanto! ¡Un espanto, en la puerta! Todavía no sé cómo vivo, no lo sé.

DONATA.- ¡Jesús!

NANDO.- ¡Je! ¡Un espanto!...

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Que me caiga aquí muerto, si no es verdad! ¡Lo he visto como os veo a vosotros ahora! ¡Ay, yo no sé cómo vivo! Todo blanco y grande...

DONATA.- Ay, pues yo no he visto nada...

JUANICO EL DE LA VENTA.- Porque estaba el espanto en lo alto de la parra, allí todo blanco encima de mí...

NANDO.- Será el alma del difunto.

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Ay, madre mía! Mira qué temblor me está viniendo ahora, mira qué temblor...

EL BANDERAS.- Si se queda ahí toda la noche, al hacerse de día se irá. Mejor dicho, cuando cante el gallo...

DONATA.- (Intrigada.) Y dices que está en la parra...

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡En la parra! ¡Grande y blanco!...

DONATA.- Oye, pero, ¿y el ciego?

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¿El ciego? ¡Yo qué sé! Veníamos juntos, pero luego, no sé... ¡Ay, Señor, Señor, a mí me da algo!

NANDO.- Con tal que se quede en la puerta y no le dé por entrar...

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Ay, no me lo digas! Donata, ¿cómo está la puerta? ¿Cerraste, cuando yo entré?

DONATA.- No me acuerdo, Juan, pero yo creo que no... Como venías de esa manera...

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Virgen del Saliente!

NANDO.- O sea, que la puerta está abierta...

DONATA.- No estoy segura, a lo mejor cerré...

JUANICO EL DE LA VENTA.- No tienes cabeza, mujer, ¡no tienes cabeza! Anda, echa un ojo y cierra si está abierto.

DONATA.- ¿Quién, yo? ¡No lo verán tus ojos!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Tú eres la que has abierto.

DONATA.- ¡Para que tú entraras!

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Santo Cristo del madero, que la puerta está abierta y nos entra el espanto!

DONATA.- (A los arrieros.) Vosotros, que sois dos hombres con lo que hay que tener...

EL BANDERAS.- (La interrumpe.) ¡No, de eso, nada! Nosotros somos dos clientes, y los clientes no cierran puertas. Eso, los amos.

DONATA.- (Señala al muerto) Pues el amo, ahí lo tienes. ¡Como no cierre él!

NANDO.- A lo mejor se levanta y va a echar la tranca.

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Callad, callad! ¡No miráis lo que decís! Vamos a rezar, que la oración es el seguro del pobre.

DONATA.- Yo voy, si me acompaña alguno. **(Pausa.)** ¡A ver, esos hombres! **(A los dos ganapanes.)** ¿Quién se anima? Al galán que se venga, le dejo que me meta mano en el portal. ¡Anda, que sé que os gusta!

EL BANDERAS.- ¿Se puede saber a qué viene eso?

NANDO.- ¡Lo que hay que oír!

DONATA.- No enfadarse, que era una broma.

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Qué graciosa! ¡Sí que está la cosica para bromas!

EL BANDERAS.- Es que tu mujer es muy valiente, Juanico, no tiene miedo. ¡Mírala, qué risilla pone!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Sí, mucha risilla de conejo, pero no se atreve a cerrar.

DONATA.- Me asomaré a echar un vistazo de lejos. ¡A ver, un caballero galante que me lleve de la cintura! Nada, ni dándoles dinero... **(Se aproxima a la puerta con precaución, se inclina para mirarsin salir, y se vuelve como una centella, alejándose al máximo, mientras los demás se alborotan y se abrazan en grupo.)** ¡Aaaay!... ¡Ahí lo tenéis, en el portal! ¡Ay, Virgen!

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Aaaay!

NANDO.- **(A la vez.)** ¡Qué! ¡Qué!

EL BANDERAS.- **(Lo mismo.)** ¿Qué es?

DONATA.- ¡El espanto en el portal!

(EL ESPANTO hace una entrada espectacular, recortando su blancura sobre el negro fondo, todo ensabanado, sin rostro, alto y agudo. Se detiene, mientras los despavoridos circunstantes aprietan su abrazo en compacto grupo tembloroso y alzan el diapasón de su grito de horror. Cuando el colectivo clamor se distingue por falta de aire, EL ESPANTO, inmóvil y solemne, emite su discurso.)

EL ESPANTO.- **(Con cascada voz de vieja.)** ¡Clás! ¡Clás!... ¡Uuuuh!

TODOS.- ¡Aaaah!...

EL ESPANTO.- ¡Uuuuh!... ¡Fuera! ¡Uuuuh! ¡Carrasclás!

DONATA.- (Sin apartarse del grupo que retrocede y cae al suelo en batiburrillo.) ¡No se haga la graciosa, madre María, que no tiene ninguna gracia! ¡Ninguna!

EL ESPANTO.- ¡Uuuuh! ¡Fuera de aquí todo el mundo! ¡Trasponer a la calle! ¡Fuera! ¡Uuuuh! ¡Clás, clás! ¡A tomar viento!

(Por hablar en exceso, el timbre de voz le traiciona, y EL ESPANTO deja de serlo. Mientras los demás reaccionan, DONATA salta sobre el fantasmón y, sin acercarse mucho, le arranca la sábana de un tirón, descubriendo a LA TÍA CONEJITA con los brazos derechos hacia arriba para simular la estatura del ensabanado, y el rostro estupefacto de verse descubierta.)

DONATA.- ¡Ay, la vieja juguetona! ¡Venga esa sábana, chiva loca! ¿No te digo? ¡Mírala!

EL BANDERAS.- ¡La vieja pelleja, maldita sea!

NANDO.- Pero, ¿no estaba arriba?

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡En la calle estaba, en la calle! ¡Trotando por ahí fuera! ¿Por qué la dejáis salir?

DONATA.- Se ha escapado, y no es la primera vez. Se sale de la solana descolgándose por la parra.

JUANICO EL DE LA VENTA.- (A la TÍA CONEJITA.) ¡Con que esas tenemos! ¿Le parece a usted bonito lo que hace? ¡Escapándose de noche, poca vergüenza! ¡Poquísima vergüenza!

(Le pega un pescozón. LA TÍA CONEJITA chilla, y DONATA interviene por guardar las formas.)

DONATA.- Déjala, que ya va a ser buena.

JUANITO EL DE LA VENTA.- (Transformando su miedo en cólera y sin hacer caso de DONATA.) ¡Y el susto de muerte que me ha dado! (Sigue pegando a la vieja.) ¡Mala sangre!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Ay! ¡Mal hijo, descastado! ¡A tu madre! ¡Cabronazo, cornudo! ¡Ay!

JUANICO EL DE LA VENTA.- (**Borracho de violencia, hace llover los pescozones sobre LA TÍA CONEJITA, que se protege con las manos y corre chillando, perseguida y vapuleada por JUANICO.**) ¡Sangre negra! ¡Escapándose para asustar a su hijo! ¡A su único hijo! ¡Para matarlo de un susto, a su hijo! ¡A su hijo, a su hijo!

DONATA.- ¡Déjala, no des el espectáculo!

EL BANDERAS.- ¡Que le dé para el pelo, que la sacuda! ¡Un viejo así es como un crío!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Y un joven como tú es un marrano! ¡Ay! ¡Maricón, burro! ¡No te da vergüenza, pegarle a tu madre! ¡Ay, ay! ¡Te debí ahogar cuando naciste, criminal! ¡Ay!

JUANICO EL DE LA VENTA.- (**Que sigue propinando la filial cachetada.**) ¡Lo que no tiene usted, es vergüenza! ¡No, no la tiene! ¡Y se la voy a enseñar yo a correazos! ¡A correazos, sí, señora! ¡O con una buena vara!

DONATA.- (**Sentando su autoridad.**) ¡Bueno, ya está bien, se acabó!

JUANICO EL DE LA VENTA.- (**Envalentonado hasta la temeridad.**) Apártate, que ya hablaremos. Que te tengo que decir a ti también dos palabras...

DONATA.- (**A la ofensiva.**) ¿Queee? ¿qué has dicho?

NANDO.- (**Rápido, con un codazo a EL BANDERAS.**) Nosotros vamos a buscar al ciego, que se está tardando. (**Al otro, con un guiño.**) Vamos tú.

DONATA.- Sí, a ver si lo veis. (**Salen los arrieros.**) Vengan esas dos palabritas que me tienes que decir.

JUANICO EL DE LA VENTA.- (**Por LA TÍA CONEJITA, que se ha acurrucado llorosa en un rincón.**) ¡Y, encima, me va a desgarrar la parra!

LA TÍA CONEJITA.- (**Rápida.**) ¡Maricón, cornudo!

DONATA.- Deja ahora la parra, que estás hablando conmigo.

JUANICO EL DE LA VENTA.- (Cuyo valor se está desvaneciendo a ojos vistas.) Lo que te tengo que decir, ya te lo diré.

DONATA.- ¡Ahora mismo!

(Pausa. Se oyen las voces de NANDO y EL BANDERAS que llaman, lejanas: «Tío Marchena!».)

JUANICO EL DE LA VENTA.- (Tímido.) No debías quedarte a solas con éstos...

DONATA.- Ya me figuraba yo que ibas por ahí. Con éstos no y con don Terencio sí, ¿verdad marido?

JUANICO EL DE LA VENTA.- Del amo, algo se podía sacar, pero de ese par, ni las buenas noches...

DONATA.- ¡Pues si me saco un buen rato, ya es algo!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Pues diles, a lo menos, que se callen, porque luego van por ahí diciendo todo lo que se les viene a la boca...

DONATA.- ¿Cómo, cómo? ¿Qué es lo que dicen?

JUANICO EL DE LA VENTA.- La gente habla, ya sabes cómo es la gente...

DONATA.- Que hable hasta que se harte. Mientras yo tenga esta decencia que tengo, tú ni caso. ¿Me has oído? ¿Eh? ¿Que si me has oído!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Sí, mujer, sí te he oído, no estoy sordo.

DONATA.- Pues que no se te olvide. Y las velas, qué. ¿Las has traído o no? ¡Porque yo no las veo!

JUANICO EL DE LA VENTA.- (Consternado.) ¡Ay, las velas! ¡Si las traía el ciego!...

DONATA.- ¡Total, que se han perdido!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Perdido, no... aparecerán cuando aparezca el ciego...

DONATA.- ¡A saber dónde estarán el ciego y las velas!
¡Madre de Misericordia! ¿Es que note das cuenta, desgraciado,
que ahora las tendremos que pagar nosotros? ¡Ay, a mí me da
algo! Pero, tonto de la mierda, inútil, ¿a santo de qué las tenía
que traer el ciego? ¿No eran tuyas? ¿Tú te crees que doña
Madrona las va a pagar sin que hayan alumbrado al muerto?
Pero, ¿para qué estás tú aquí?, ¿qué utilidad tienes? ¡Comerte mi
sudor! ¡Gandul, haragán, vago! ¡Que no trabajas más que con
las muelas! Ahora, que eso se te ha terminado. Ahora vas a
doblar el lomo, amigo. Ya se ha muerto ése, y en cuanto
pongamos la venta a nuestro nombre, el Ariche se va a la calle
y tú a trabajar. ¡Hombre, que si vas a trabajar! ¡Por la cuenta que
te tiene! ¡El testamento se te va a revolver en el estómago, ya
ves tú! ¿Querías que la venta fuera tuya? ¡Ahí la tienes! ¡Pero la
vas a sudar! Y las velas, las pagas del tabaco ¡El mes que viene,
no fumas! ¡A ti te enderezo yo! ¡Y todavía se atreve a decirme
lo que tengo que hacer! ¡Se necesita frescura!

VOZ DEL NANDO.- ¡Ya estamos aquí!

VOZ DEL BANDERAS.- ¡Aquí viene el tío Marchena,
con su poquillo de avería!

DONATA.- (A media voz, dirigiéndose a la salida.) Punto
en boca.

(Aparecen NANDO y EL BANDERAS, llevando entre
ambos, con las manos sobre el hombro de uno y otro, al
CIEGO MARCHENA, que camina semiaturdido, con la
cara ensangrentada.)

DONATA.- ¡Ave María! ¿Qué le ha pasado? ¡Ay, Jesús!

NANDO.- Que echó a correr como un carnero y se cayó de
cabeza por el ribazo del parato.

EL BANDERAS.- Estabais de bronca, ¿eh? ¡Como el perro
y el gato!

DONATA.- Estábamos en la cama, y nos habéis
interrumpido. Siéntalo ahí, que voy por trapos y vinagre.

(Sale, o los coge de un armario o arcón.)

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Para haberse matado!

EL BANDERAS.- ¡Hierba mala nunca muere!

NANDO.- ¿Duele, tío Marchena?

EL CIEGO MARCHENA.- Más que a ti, desde luego.

DONATA.- (Que llega con trapos y botella.) ¡Eso trae saltar por vericuetos!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Ahora lo cura Donata. Verá que no es nada.

EL CIEGO MARCHENA.- Estas caídas ya son como de la familia. Lo que sí me pondría nuevo es un trago de aguardiente.

DONATA.- Todo el que quiera, y de balde. Usted y la compañía. ¡Esta noche, va la casa por la ventana!

EL BANDERAS.- ¿Os ha caído la lotería?

EL CIEGO MARCHENA.- (Que recibe los trapos avinagrados) ¡Uuuah! ¡Me cago en la leche, esto se avisa!

DONATA.- ¡Ay, qué flojos son los hombres! ¡Apartaros, no hagáis sombra!

NANDO.- Están y a boqueando, esos cabos. ¿Y el candil?

DONATA.- Se lo llevó mi suegra a la solana. Vaya usted por él, madre María.

LA TÍA CONEJITA.- (Desde su rincón.) ¡No me da la gana!

DONATA.- Sube tú, Juan. ¡Y usted estese quieto, que me pone nerviosa!

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¿Y por qué siempre soy yo? ¿Quién ha puesto la tranca a la portezuela?

DONATA.- ¡Sube de una vez, no me quemes la sangre! ¿Traía usted las velas, tío Marchena? (**Sale JUANICO.**)

EL CIEGO MARCHENA.- En el zurrón están. ¿Y ese aguardiente?

DONATA.- Primero le vendaré esa frente y le pasaré un agua por la cara, que está hecho un erce homo.

EL CIEGO MARCHENA.- La venda, bueno, pero el agua ni me la mientes. La sangre es cosa limpia, y al secarse se cae sola.

DONATA.- ¡Marrano! Espere, que termino.

JUANICO EL DE LA VENTA.- (Entrando.)
¡Encendido en la solana, gastando aceite para nada! Aquí está el candil.

DONATA.- ¡A buenas horas!

EL BANDERAS.- Y ese aguardiente a caño abierto, ¿para cuando?

EL CIEGO MARCHENA.- ¡Ahí, ahí!

DONATA.- Ea, se acabó la reparación. Ya se puede despeñar otra vez, como una mula vieja. Juan, ¿qué estás haciendo? ¿No te he dicho que te traigas una botella de aguardiente y unas copas?

JUANICO EL DE LA VENTA.- No, no me lo has dicho.

DONATA.- ¡Pues ya lo sabes! ¡Aviva, que te mueres!

LA TÍA CONEJITA.- (Refunfuña, aparte.) ¡Ahora, de copeo!

NANDO.- (Mientras sale JUANICO.) ¿Y qué se celebra? Porque si convidas, tendrás tu razón.

DONATA.- ¿No es bastante razón el velatorio de un señorón como don Terencio?

EL CIEGO MARCHENA.- ¡La razón más poderosa!

DONATA.- ¡La muerte bendita, que remedia al pobre! ¡Ricos nos deja, como quien dice! **(A JUANICO, que entra.)** ¡Ven aquí, terremoto, dame esa botella y reparte copas! ¿Os creéis que es broma? ¡Ahí está el difunto, que no me dejará mentir! Él hizo su testamento, nos dejó nuestra manda, y ahora que se ha muerto cada uno se alza con lo suyo.

NANDO.- ¡Eso se llama camelarse al amo!

EL BANDERAS.- ¡Así se comprende!

EL CIEGO MARCHENA.- ¿Y qué es lo que os deja, qué es lo que os deja? ¿O no te lo dijo?

DONATA.- (Gozosa.) Esta mierda de venta del Ahorcado, que se cae de vieja en medio de la sierra vacía. ¡El Perú!

NANDO.- ¿La venta para vosotros así, por la cara?

EL BANDERAS.- Esto se vende, ponéis un tabernáculo en Barcelona que es donde hay dinero y, con la Donata detrás del mostrador, os hacéis de oro.

DONATA.- Yo en el mostrador, y mi marido tocándose el culo, por no variar. **(Poniendo aguardiente en las copas.)** Tío Marchena, usted que está enterado de las leyes: como el amo se ha muerto, esto se pone a nuestro nombre y ya está, ¿verdad?

EL CIEGO MARCHENA.- Y pagáis los derechos reales.

DONATA.- ¡Ay, madre! ¿Y eso qué es?

EL CIEGO MARCHENA.- Una cosa que hay que pagar, pero no sé cuanto sube. Depende.

DONATA.- ¡Pues ya me ha dado la noche!

EL CIEGO MARCHENA.- Mujer, no será mucho. Al fin, la venta es vuestra. Ahora lo que falta es que sea para bien.

NANDO.- Para bien tendrá que ser en todas maneras. Siempre es mejor tener que no tener.

EL CIEGO MARCHENA.- Según de quién venga lo que se tiene. El que sube a costa del pobre, ese triunfa y duerme seguro. Pero el que quiere subir a costa del rico, o se le tuerce o se le quiebra, y paga cien por uno. Por eso digo que esto sea para bien.

EL BANDERAS.- Déjese de leches y vamos a celebrarlo. ¡Esa guitarra, tío Marchena!

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¿Y si miráramos un poco por el amo, que al fin y al cabo se ha muerto?

EL BANDERAS.- ¡Que se joda!

DONATA.- De joderse, nada. Yo estoy con mi marido, aquí presente. ¡Tenemos que encomendar el alma de ese santo!

EL CIEGO MARCHENA.- Así habla una esposa cristiana, sí, señora. Como ha muerto sin confesión, lo que gobierna es cantarle el Romance Penitenciaro de Recomendación del Ánima, que es de una eficiencia contundente.

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¿Cantar un romance? No sé, yo pensaba en un rosario...

LA TÍA CONEJITA.- (Aparte, en su rincón.) ¡Mira, el del rosario!...

EL CIEGO MARCHENA.- ¿Un rosario para un muerto sin olear? ¡Pero, hombre Juanico! ¿Tú te das cuenta del disparate que has dicho? ¡No me irás a discutir! ¡De sobra sabes que yo, de chico, estuve seis meses en el seminario! ¡Lo sabéis todos!

NANDO.- Nada, nada, se hace lo que usted diga...

DONATA.- (Acercándose al rincón de LA TÍA CONEJITA.) En esta copa bebemos las dos, madre María. Eche un traguito.

LA TÍA CONEJITA.- Bebe tú sola, a mí no me hace falta.

EL CIEGO MARCHENA.- (Por JUANICO.) Es que si nos vamos a poner a llevar la contraria...

DONATA.- Como usted quiera, cabeza.

JUANICO EL DE LA VENTA.- Usted es el que sabe de estas cosas, tío Marchena, y yo no digo nada...

EL CIEGO MARCHENA.- Lo que encaja en este momento es el romance que digo, que es milagroso de verdad. ¡Con licencia eclesiástica y pasado por la censura del Gobierno! ¡En acabarlo de cantar, entra el alma en el Cielo!

DONATA.- Entonces, ni una palabra más. ¡A cantarlo cuanto antes!

EL CIEGO MARCHENA.- Pues allá va. Una copilla, para aclararme el pecho.

DONATA.- (Sirviéndole.) Si tiene esa virtud el romance, debía usted cobrárselo a doña Madrona.

EL CIEGO MARCHENA.- Lo hago sin interés, aunque necesidad no me falta. Si ella buenamente me quiere, dar algo...

JUANICO EL DE LA VENTA.- Cristiana, es.

DONATA.- Aunque se nota poco.

EL CIEGO MARCHENA.- Bueno, silencio, vamos allá. **(Rasguea la guitarra, y escupe. En su rincón, LA TÍA CONEJITA está interesadísima. Canta el bardomendicante, mientras DONATA pone con unción las nuevas velas al difunto.)**

Fue don Terencio García
un señor muy principal,
con su casona y sus mulas
y su cama de metal.

Almorzaba en sus manteles
huevos fritos con tocino,
con su chorizo y su aceite
Y su botella de vino.

A veces duerme en la venta
rezando sus oraciones,
tras quitarse la chaqueta
y quitarse los calzones.

Y en una noche muy negra,
con su rosario rezando,
tras él se escurre la Muerte
y en el hombro lo ha tocado.

Ya le ha llegado su hora
venga conmigo, señor,
que por ser tan buen cristiano
va a estar con el Criador.

¡Ay, qué alegría tan grande!
Al fin a puerto he llegado
y podré besarle a Cristo
la llaga de su costado.

Siete arcángeles le sirven,
siete santos le acompañan,
siete vírgenes le peinan
le limpian las legañas.
Yo te canto de este modo
y, antes que se haga de día,
en el Cielo te acomodo,
señor Terencio García.

(Golpe en las cuerdas) ¡Amén!

TODOS.- ¡Amén!

EL CIEGO MARCHENA.- Santiguarse todos. En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. ¡Amén!

TODOS.- En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. Amén.

EL CIEGO MARCHENA.- Ya tenemos la tranquilidad de que nuestro gran caballero ha entrado en el Cielo. ¡Qué descanso!

DONATA.- ¡Je! ¡Otro murciélago! Tío Marchena, no se enfade usted, pero me parece que con ese romance, no entra en el Cielo ni Dios.

EL CIEGO MARCHENA.- ¡Indulgencia plenaria, señora!
¡Garantía total! ¡Tan seguro, como que estamos aquí, sentados!

LA TÍA CONEJITA.- (Sin moverse de su rincón.) Ciego Marchena, ¿es usted brujo?

EL CIEGO MARCHENA.- ¡No lo permita Dios, madre María! ¿Cómo está tan apartada?

EL BANDERAS.- ¡Venga con nosotros, tía Conejita, y lo pasado, pasado!

DONATA.- Lléguese aquí, mujer, no se quede ahí sola.

EL CIEGO MARCHENA.- ¡Venga a su trono la reina de la casa!

NANDO.- ¡La estamos esperando!

(Satisfecha, LA TÍA CONEJITA se acerca al corro
andando con empaque.)

LA TÍA CONEJITA.- (Majestuosa.) Juanito, dame tu silla, que tú eres el único que no me ha llamado, y eso que a ti te parí y a los otros no.

JUANICO EL DE LA VENTA.- Aquí la tiene, siéntese. Pero se va a estar calladita ¿eh?

LA TÍA CONEJITA.- Ciego guitarrista, esa copla que has cantado, me la vas a dar escrita en un papel. Yo gusto mucho de esas curiosidades.

EL CIEGO MARCHENA.- Es mucho más que una curiosidad, madre María. ¡Es puro milagro! Cuando haya ocasión, yo se la escribiré con mucho gusto por medio de persona de buena letra, y se la ofreceré con una rodilla en tierra.

EL BANDERAS.- ¡Vaya admirador que le ha salido, tía Conejita! ¡En su vida se ha visto en otra, no lo niegue!

LA TÍA CONEJITA.- Oiga joven: si usted supiera con quién está hablando, no habría dicho esa impertinencia: ¡yo he sido la reina del Paralelo barcelonés, aquí donde me tiene!

NANDO.- (Entre las risas generales.) ¡Ahí queda eso!

DONATA.- ¡No reírse, que es verdad! ¡Trabajaba en los teatros! Que lo diga Juanito.

LA TÍA CONEJITA.- Yo he bailado la farruca en el Teatro Nou, cuando actuaban allí Paquita Egea y la Xirgu. Yo he recibido aplausos y flores teniendo la edad que usted tiene ahora, cuando va arreando mulas. ¿Usted me entiende, señor?

EL CIEGO MARCHENA.- Pues el teatro suele ser ocasión de pecado.

NANDO.- Eso hay que demostrarlo, tía Conejita. Usted nos echa un baile, y nosotros sentenciamos si ha dicho verdad.

LA TÍA CONEJITA.- Te equivocas de puerta, mocito: no estoy en edad ni en disposición.

EL BANDERAS.- ¡Pretextos! ¡Eso no cuela! ¡Usted es una farolera, tía Conejita!

DONATA.- ¡Nada de eso!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Palabras de burro no llegan al Cielo!

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Cómo se puede hablar de bailes, con el amo de cuerpo presente!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Cállate tú, vergüenza de tu madre! ¡Si tu amo ha entrado en la Gloria, razón de más para bailar! A no ser que sea una mentira del ciego fullero éste.

EL CIEGO MARCHENA.- ¡Que caiga ahora mismo de las nubes un rayo abrasador y me aniquile, si el nobilísimo señor don Terencio García Manrique no está en este momento sentado a la diestra de Dios Padre! ¡Que se me seque la lengua y se me caigan los brazos! ¡Señores! ¡El que quiera bailar que baile, que por el difunto no hay cuidado! ¡Del difunto, respondo yo!

EL BANDERAS.- ¡A bailar, se ha dicho! ¡Hay que celebrar la herencia!

EL CIEGO MARCHENA.- ¡Y yo el primero, sí señor! ¡La Venta de las Cruces, en las honradas manos del Juanico y la Donata! ¡Aquí está la música!

DONATA.- ¡Pues se organiza un baile por todo lo alto! ¡Empiece a tocar, tío Marchena, que el cuerpo me pide bulla!

EL CIEGO MARCHENA.- ¡Al velatorio danzante!
Aunque ha de ser cosa muy honesta y muy decente, para que no
haya ni sombra de un mal pensamiento.

DONATA.- ¡Eso sí, la decencia es lo primero! Con el
permiso, aquí, de mi marido, voy a calentarles a todos bailando
sola un fandango y, luego, saco a un arriero para el agarrao. (**Se
ha despojado del delantal y, en medio de los presentes, re
pone en actitud y pide compás.**) ¡Esa música!

(**Carraspeo del ciego, rasgueo de guitarra, y apuntes de
movimientos de LA SERONERA. Se lanza el cantor a unas
coplas más o menos ocasionales, separadas por un
estribillo de distinto ritmo, y DONATA baila como un
torbellino racial con ganas de desahogo y, sobre todo, de
lucimiento y coqueteo.**)

LA TÍA CONEJITA.- ¡Anda, hermosa, que les baje al
suelo la baba!

EL BANDERAS.- ¡A mover ese culo!

EL CIEGO MARCHENA.- (Canta.)

A lindiga, lindiga, lindango,
soy el ciego que canta el fandango,
lo bailan las hembras en celo,
celebrando que el amo ha ido al
Cielo.
Una gitanilla,
nacida en Sevilla,
que canta y que baila
con mucho primor,
con sus zapatitos,
calados bonitos,
la niña monona
me la bailo yo.

LA TÍA CONEJITA.- ¡Ay, qué culo más bien puesto, corazón!

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Chst! ¡Se calla, o se va!

EL CIEGO MARCHENA.-

Cuando sale a bailar la Donata
muestra y luce sus piernas de plata,
dando vueltas descubre las nalgas
enseñando los muslos y bragas.
Una gitanilla,
nacida en Sevilla, etc.

EL BANDERAS.- ¡Muévete ahí!

NANDO.- ¡Está pidiendo guerra!

EL BANDERAS.- (A NANDO.) ¡Esta cae!

EL CIEGO MARCHENA.-

El que sea valiente que salga

a pararle los pies a esta galga.
Que la agarre, la trabe y sujete
y la lleve arrastrando al retrete.
Que la doble, la tumbe y la joda
y le ponga la tripa bien gorda.
Una gitanilla,
nacida en Sevilla...

DONATA.- (Sin dejar de bailar.) ¡Báilame, Banderas!
¡Báilame a lo bestia, que se me han puesto ganas de macho!

EL BANDERAS.- (Sin levantarse.) ¡Je! Si no estuviera el Juanico delante, ibas a ver tú...

(Repentinamente, invade la escena la lívida claridad de un relámpago cárdeno y persistente que paraliza el baile con un escalofrío. Retumba el trueno, potente y tenaz, y la primera ráfaga de la tormenta bate una puerta y apaga velas y candil, haciendo el oscuro total.)

DONATA.- ¡Ay, Santa Bárbara bendita!

SEGUNDA PARTE

Los respetables espectadores se han recogido en sus asientos después del esparcimiento del pitillo y del preguntarse unos a otros por la familia, amén del comentario sobre las groseras palabrotas que invaden el santuario escénico, fácil recurso desgraciadamente en boga con que el autor de la comedia pretende suplir su falta de talento. Se apagan las luces, aunque no por ello disminuyen los ruidos, carraspeos y toses del distinguido público. Permanece oscuro el escenario y, por la parte trasera de la sala, se deja oír, desgarrada y doliente, la voz de ARICHE que llora fuerte a fin de quitarse el miedo y sobornar al difunto para que no le haga lúgubres apariciones desde las butacas que bordean el camino como negros zarzales.

VOZ DE ARICHE.- ¡Ay, Dios mío, Dios mío, qué tremendo, qué cosa tan tremenda!

(Las señoras y señores han de girar sus cabezas y mirar hacia atrás, con la consiguiente incomodidad. Un foco alumbra la puerta del pasillo central, y por ella aparece un parsimonioso burro que luce sin pudor los parches y remiendos que adornan la tela con que se cubren los dos forzados que simulan mancomunadamente ser y constituir un asno único. Atado con sogas, cruza de través sobre la albarda un negro ataúd al que el necrófilo foco arranca algún pálido reflejo. Sobre las ancas del jumento monta ARICHE, con los brazos apoyados en la caja mortuoria, y la vara y el ronزال en las manos, dando al aire sus quejas. Avanza despacio el cuadrúpedo a lo largo del pasillo, y el mentado foco lo acompaña, benévolo.)

ARICHE- ¡Ay, madre mía, qué desgracia tan grande! ¡Ay, ay, como se puede un hombre morir de esa manera! ¡Un hombre rico! ¡Ay, cómo es posible que la muerte venga así, como un lagarto, por medio del camino! ¡Ay, qué tremendo, pero qué tremendísimo! **(El paso del burro es de plomo, y ARICHE se deja escurrir al suelo por detrás, descargándole un gran varazo al tiempo que le increpa con un vozarrón que contrasta brutalmente con los anteriores tonos atiplados.)** ¡Ría, Nano! **(Nuevo varazo.)** ¡Me cago en la leche que te dieron! **(Acelera un poquito el borrico, mientras el plañidero se lanza sobre sus ancas cual si jugase a la pídola, montándose sobre ellas con gran pericia. Flojean un poco los cuartos traseros del asno al recibir la repentina carga, pero se rebaten al momento. Y el paso del burro retorna a su lentitud primera, en tanto que la voz del jinete retorna a su vez, a ser delgada y dolorida, adornándose con floridos trémolos en las vocales.)** ¡Ay, Virgen del Carmen! ¡Ay, qué pena tan grandísima! ¡Ay, qué dolor! ¡Un hombre tan rico! ¡Tan riquísimo y con aquel señorío! ¡Un don Terencio García! ¡Un señorón como don Terencio García, muerto en el suelo como un gato! ¡Ay, qué tiempos retorcidos y trastornados! ¡Ay, mi señor don Terencio! ¡En mitad del pecado con una mala mujer! ¡Si ese alma se condena, en la conciencia va de la Donata! ¡Contigo estaba, putona, contigo, y no te vale quererlo tapar! ¡Ay, Donata, Donata, pozo de inmundicia! ¡Dios te soplará como polvo de la seras, y al Infierno has de bajar en remolino, a bañarte en aceite hirviendo y a tragar carbones encendidos! ¡Ahí parará la risa y la soberbia que ahora tienes, y esos brazos en jarras y esa cara levantada! ¡Dios lo ve todo y te dará tu paga, que es buen pagador! ¡Ya te dará risas y meneos, puerca!

(El inspirado verbo de ARICHE es interrumpido por una voz conminatoria, procedente de atrás.)

LA PAREJA.- ¡Alto!

(Nuevamente el selecto público ha de mirar a su espalda. Por donde antes apareciera ARICHE, las claridades de un segundo foco nos muestran a dos como penitentes que caminan despacio, llevando sobre el hombro sendas cruces cuyo peso les encorva. Desdibujan sus perfiles oscuras capas de amplio vuelo, cuyo holgado capuchón -sin capirote- les tapa la cabeza. ARICHE, sobresaltado, ha dado un tirón del ronzal, parando al burro.)

ARICHE.- ¡Ay, Dios, lo que faltaba! ¡Pero qué te he hecho yo, Jesús mío, qué te he hecho yo! ¡Ay, qué querrán esos Goliases! **(Al burro, que vuelve a andar por sí mismo.)** ¡Rrrr, soo!

LA PAREJA.- **(Que se acerca con solemnidad, arrastrando sus grandes cruces. Perentoria.)** ¡Alto ahí!

(ARICHE, que se ha bajado del animal, sujeta el ronzal al burro junto al hocico, para inmovilizarle, y deja oír el castañeteo de sus dientes. Llega a él LA PAREJA penitente.)

GUARDIA 1.º- (Con enérgica cortesía reglamentaria.)
¡Buenas noches!

ARICHE.- (Temblando.) Buenas...

GUARDIA 2.º- ¡Cuando se da el alto, hay, que parar!

ARICHE.- (Con la espalda doblada.) Si yo estaba parado...

GUARDIA 1.º- Tenemos gana de discutir, ¿eh? Estamos chulitos...

ARICHE.- ¡No, no, señor, no! Yo, lo que ustedes digan...

GUARDIA 1.º- ¿A usted le parece que ésas son maneras de llevar a un difunto?

(Han apoyado las cruces en el borde del proscenio o similar, y se echan atrás la capucha y la capa, mostrando uniformes y tricornios.)

ARICHE- Pero yo no llevo...

GUARDIA 2.º- (Interrumpiendo.) ¿Para dónde se camina, amigo?

GUARDIA 1.º- ¡A ver, papeles!

GUARDIA 2.º- No los tiene, claro. ¡Ni un mal papel encima!

GUARDIA 1.º- Estás en un mal paso

ARICHE- (Arrodillado como un buen suplicante, alza las manos trémulas o las recoge sobre el pecho.) ¡Ay, Virgencica de Fátima, miren ustedes que yo no soy nadie! ¡Que soy un mandaíco y hago lo que me dicen! ¡Un mozo de venta, qué papeles va a tener! ¡Ay, madre mía, que subiste al Cielo sin llevarme contigo!

GUARDIA 1.º- Conque mozo de venta. ¿Y de qué venta?

ARICHE- ¡Ay sí, señor, sí! ¡Allí pueden preguntar! ¡En la Venta del Ahorcado sirvo...!

GUARDIA 1.º- ¡A ver, repite eso!

ARICHE- ¡Digo, de las Cruces! ¡En la Venta de las Cruces! ¡Ha sido sin pensar!

GUARDIA 1.º- ¡Pues cuidadito con la lengua, y a dar a las cosas el nombre oficial!

GUARDIA 2.º- ¡Y menos cachondeo, que vas a escapar mal!

GUARDIA 1.º- Descarga, y abre la caja. ¡Rápido, que es para hoy! Vamos a ver ese muerto, y ya hablaremos. Te la has buscado, bergante.

ARICHE- (Desatando las cuerdas que sujetan el ataúd al borrico.) Pero aquí no hay ningún muerto. Yo voy de vacío...

GUARDIA 2.º- Claro, de vacío. ¡Ahora lo veremos!

ARICHE- (Mientras desata y descarga.) El muerto está en la venta, y yo llevo la caja. Está vacía, la traigo de Jocáyar.

GUARDIA 1.º- Conque de Jocáyar. La has comprado allí, ¿eh?

ARICHE- Sí, señor, allí mismo.

GUARDIA 1.º- (Rápido.) ¿A quién?

ARICHE- (Ya con la caja en el suelo. Extrañado.) ¿A quién va a ser? ¡A Pepe el del Bar!

GUARDIA 2.º- ¡Sí, hombre, sí, lo que tú digas! ¡Venga, abre de una vez!

ARICHE- Sí, señor, aquí está... (Juega la llave.) Tiene su llave... ¡Lo mejor que había! Me lo dijo doña Madrona, que comprara la mejor... Ya está, miren.

GUARDIA 1.º- ¿Doña Madrona, la de Jévar?

ARICHE- La mismítica, sí, señor.

GUARDIA 1.º- ¿Que está ella en la venta?

ARICHE- (Enfático.) ¡No, qué va! ¡Doña Madrona no pisa la venta! Es ella muy señora para meterse en aquel pendoneo, con perdón. Que aquello es una casa de... ya ustedes me entienden.

GUARDIA 1.º- (Mientras el 2.º ríe.) Ya, ya. La Venta de las Cruces, ¿eh? Y tú eres el mozo...

ARICHE- El mozo soy, sí, señor... En la venta estoy para lo que a ustedes les haga falta, matándome a trabajar, que todo lo tengo que hacer yo, porque el Juanico no se estrena... Y con todo y con eso, si por su mujer fuera va me habían echado a la calle por la avaricia que ella tiene, pero me puso allí doña Madrona y, claro, no se atreven a decirme que me vaya, aunque yo bien que les veo las ganas... Ustedes no se acuerdan de mí, pero yo a ustedes sí les he conocido, aunque no sé su gracia... Yo soy Ariche, el mozo...

GUARDIA 1.º- Bueno, hombre, ya veo que has tomado confianza y que te gusta charlar. Vamos a ver, contesta: ¿a quién habéis degollado en esa mierda de venta?

ARICHE- ¡Yo, a nadie! ¡Yo, a nadie, no, señor! ¡Que me caiga aquí muerto ahora mismo! La Donata dijo que se murió solo. Eso dijo ella, que yo no lo sé. Yo estaba durmiendo en mis jalmas cuando ella empezó a dar voces. Y ya estaba difunto.

GUARDIA 1.º- Pero, difunto, ¿quién? ¡porque no sería un gitano!

GUARDIA 2.º- ¡No gasta un calé ese catafalco!

ARICHE- (Digno.) ¡Y tanto que no! ¡Va alguna diferencia, de un gitano a don Terencio García Manrique!

GUARDIA 1.º- ¡Don Terencio!

GUARDIA 2.º- ¡El señor García!

ARICHE- A mí me hicieron ir a dar el aviso a la señora, y ella me mandó a Jocáyar a mercar la caja. Y ahora voy para la venta.

GUARDIA 1.º- ¿Y cómo recibió doña Madrona la noticia?

ARICHE- ¡Como una gran señora! Levantó la barba así, y dijo: «¡En la venta ha tenido que ser!» ¡Ni una lágrima!

GUARDIA 1.º- El señorío es de otra dignidad y otra contención.

GUARDIA 2.º- ¡Tienen otra fortaleza!

ARICHE- ¡Los que están en las alturas, tienen otra cercanía con Dios Nuestro Señor!

GUARDIA 1.º- Así es. ¿Acabas de amarrar esa carga, o no acabas?

ARICHE- Sí, señor, es que la estoy asegurando, que no se corra.

GUARDIA 1.º- A ti sí que te voy a correr yo. ¿Y la señora se ha quedado en Jévar?

ARICHE- Allí se quedaba, pero dijo que iría a la venta y se llevaría el finado.

GUARDIA 1.º- Nos procede esperarla allí.

GUARDIA 2.º- Si no llega antes, que irá en coche...

GUARDIA 1.º- No hay caso, porque se habrá salido la Rambla las Cañas, que anoche llovió en Paroya.

GUARDIA 2.º- A esos bichos les meten la primera y pasan por donde sea.

ARICHE- Lo de Paroya fueron cuatro gotas. Bueno, pues esto ya está. Por mí, cuando quieran.

GUARDIA 1.º- Espera, ven acá, Cirineo. Que has de llevar la cruz que Dios te manda.

GUARDIA 2.º- Una en cada hombro. Aguanta, mozo.

ARICHE- (Al recibir sobre sus hombros la doble carga.) ¡Ay, Padre Jesús! No sé si voy a poder...

GUARDIA 1.º- Haz un esfuerzo, que no te hernias.

GUARDIA 2.º- ¡Ahí se ven los machos de Castilla!

ARICHE- (Compungido y doblado.) Pero es que yo soy de Albox...

GUARDIA 1.º- Eso es lo de menos. ¡Andando!

GUARDIA 2.º- No las arrastres, que se desgastan las puntas.

ARICHE- ¿Y la burra?

GUARDIA 1.º- Nosotros la llevamos, muchacho. Cállate, y habla cuando te pregunten.

GUARDIA 2.º- ¡Que estás tú muy consentido!

(Se han puesto en marcha. Un relámpago enciende a los caminantes con lívidos resplandores. Se extingue el foco, y el oscuro fragor del trueno rueda por las tinieblas, mientras ellos se pierden en el negro escenario. Pausa. Persiste la tormenta, con gran aparato acústico. Cruzan la oscuridad las voces alteradas de los que han sido interrumpidos en su velatorio por las lamentables consecuencias de la inestabilidad atmosférica. Un nuevo relámpago muestra que la escena está como quedó al final del primer acto. Se oye el golpe de la puerta o ventana y el silbido de la ráfaga.)

VOZ DE DONATA.- ¡Jesús, qué tormentón!

VOZ DEL CIEGO MARCHENA.- ¡Tormenta seca, de fuego sin agua!

VOZ DEL BANDERAS.- ¡Ni una luz ha quedado, maldita sea!

VOZ DE LA TÍA CONEJITA.- ¡Noche golfa, de aparecidos en pelotas y violaciones de monjas!

VOZ DE JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Cállese!

VOZ DE DONATA.- ¿Quién tiene un mixto?

VOZ DE JUANICO EL DE LA VENTA.- ¿No los tienes tú en el delantal?

VOZ DE DONATA.- ¿Y tú no has visto que me lo he quitado para bailar? (Nuevo relámpago.) ¡Ay, Jesús!

VOZ DEL CIEGO MARCHENA.- ¡Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita con papel y agua bendita!

VOZ DE LA TÍA CONEJITA.- ¡Noche de cabrones en celo con las patas por alto!

VOZ DE DONATA.- ¿Quién me está tocando?

VOZ DEL BANDERAS.- ¡Algún cabrón de los que dice la tía Conejita!

UNA VOZ DISIMULADA.- ¡Uuuuh!

VOCES GENERALES.- ¡Aaaay!

VOZ DEL BANDERAS.- ¿Quién ha sido el gracioso?

VOZ DE DONATA.- ¡Un mala sangre! ¡Puede que tú!

VOZ DEL CIEGO MARCHENA.- ¡Bromas de mal fario!

(La repentina luz de un fósforo de inmediato protegida por una mano que se torna anaranjada, da un respiro a los circunstantes. Corre DONATA a cerrar la puerta de la solana, que bate y facilita la corriente, mientras JUANICO alumbra el candil.)

LA TÍA CONEJITA.- ¡Ya salió el encendedor de candiles!

DONATA.- (Encajando la puerta a golpes de nalga.) ¡Ay, qué puerta de tarabilla!

EL CIEGO MARCHENA.- ¡Alabado sea Dios, que hizo la luz!

NANDO.- Y si usted está ciego, ¿qué más le da?

EL CIEGO MARCHENA.- Pero hacia ella, veo un poquito de claridad que es un consuelo.

EL BANDERAS.- ¡Que siga el baile!

(Golpes en la puerta. DONATA está encendiendo con el candil las velas del difunto.)

DONATA.- Ese es Ariche. A ver qué cuento trae. (A voces.) ¡Empuja el ventano y corre la tranca, animal!

EL BANDERAS.- ¡Mucho se ha tardado!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Lo corriente.

DONATA.- Sólo sirve para comer, ese inútil. (Grita.) ¿Vienes o no?

(Aparece en la penumbra DOÑA MADRONA, alta y erguida, enlutada y severísima, con un velo transparente que deja ver sus duras facciones y los blancos cabellos sobriamente peinados con apretado moño. A su lado está SERAFÍN, su chófer, mecánico, jardinero, y criado para todo.)

SERAFÍN.- ¡Buenas noches a todos!

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡La señora!

DONATA.- ¡Pero si es doña Madrona! ¡Pase, pase! (Vacila. No sabe si encender la última vela o salir a su encuentro.) ¡No se quede en la puerta, doña Madrona!

DOÑA MADRONA.- (Sin moverse.) Serafín, enciende tú las velas.

EL CIEGO MARCHENA.- Ya ve, noble señora, qué desgracia tan infinita: ¡se nos ha ido este gran caballero! ¡Este santo!

DOÑA MADRONA.- Juanico, contesta tú. ¿No ha venido Ariche con la caja?

DONATA.- (Adelantándose a su marido.) Lo estamos esperando, pero caja no trae. A menos que... (DOÑA MADRONA le da la espalda.) Bueno, ya lo sabe. (Pausa incómoda.)

JUANICO EL DE LA VENTA.- Pues aquí estábamos velando al amo... (DOÑA MADRONA sigue de espaldas.)

NANDO.- (Tras repetirse la incómoda pausa.) Hemos sentido mucho lo de su marido...

DOÑA MADRONA.- (Sin volverse.) ¡No era mi marido! ¡Lo volverá a ser cuando salga de estas tejas!

DONATA.- ¡Estas tejas son muy honradas, oiga!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Por los siete pecados y las siete cruces yo te conjuro, fantasma negro, y te ordeno y mando que des la vuelta...!

DOÑA MADRONA.- (Dando la vuelta.) ¡Juan! ¡Cómo puedes consentir que esa mujer esté delante de mí!

JUANICO EL DE LA VENTA.- (A LA TÍA CONEJITA.) Ande, véngase, que vamos a la solana...

DOÑA MADRONA.- ¡Sabes que no digo ésa!

DONATA.- ¡Me gusta la frescura!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Donata, por qué no te subes con mi madre...

DONATA.- ¡Una mierda!

LA TÍA CONEJITA.- Mierda fresca para la boca del señor! (A DONATA.) ¿Has visto cómo le he hecho que se dé la vuelta? Ahora la echo a la calle, y a bailar otra vez. ¡Fantasma! Yo te conjuro...

DONATA.- ¡Cállese! ¡Oiga, doña Madrona! ¡Yo soy una mujer decente! ¡Tan decente como la que más!

DOÑA MADRONA.- (**Apartándose.**) ¡Decentísima! ¡Comprada por cien duros a un fogonero del tren!

DONATA.- ¡No tengo por qué oír sus disparates!

DOÑA MADRONA.- ¡Serafín! ¿Podemos llevarnos al amo sin la caja?

SERAFÍN.- No se puede... Dentro no cabe...

JUANICO EL DE LA VENTA.- Pero siéntese, no esté de pie...

DOÑA MADRONA.- ¡Estoy muy, bien así!

EL BANDERAS.- Bueno, Juanico, yo voy a salir ya con las bestias, que falta poco para que amanezca...

NANDO.- Yo también me tengo que ir...

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Qué prisa!

NANDO.- No, es que es tarde...

EL CIEGO MARCHENA.- ¿Me bajas en el carro a Paroya?

NANDO.- Pues claro, vamos.

DONATA.- Adiós, buen viaje. ¡A ver cuándo volvéis! Sal con ellos, Juanico.

EL BANDERAS.- No hace falta. ¡Queden con Dios! (**Salen los tres**).

LA TÍA CONEJITA.- ¡Buena suerte, borrachos!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Voy a la cuadra y os alumbro. Con permiso. (**Sale tras ellos, con el candil. La iluminación se reduce a las velas. Se oye su voz.**) ¡Aguardadme, que voy!

DOÑA MADRONA.- Serafín, creo que voy a esperar en el coche a que venga esa caja. Aquí, vomito.

DONATA.- ¡Esa es la puerta! ¡Aire!

DOÑA MADRONA.- Aunque vomite, me quedo. Apuraré el cáliz hasta el fin.

DONATA.- ¡A lo mejor, revienta!

LA TÍA CONEJITA.- Tenemos aguardiente. (A SERAFÍN.) ¿No quiere usted un chupito?

DOÑA MADRONA.- Abre los ojos, Terencio, y mira dónde has traído a tu mujer. No bebas, Serafín, que estás de servicio. ¡Quién me iba a decir que acabaría por entrar en tu pocilga!

DONATA.- ¡Oiga, señora!

LA TÍA CONEJITA.- ¿Y me lo va a despreciar?

DOÑA MADRONA.- ¡Mírame, Terencio, te digo!

DON TERENCIO.- (Levanta la cabeza.) ¡Ya te veo, ya!
(La baja.)

DOÑA MADRONA.- ¡Ves a tu santa esposa insultada en tu burdel, y nada dices! ¡Es como si me insultaras tú, Terencio! ¡Como si me insultaras tú! ¡A las siete espadas de dolor que en vida me clavaste, me das en la hora de tu muerte un remate por todo lo alto! ¡Será voluntad de Dios, y yo me resigno como esposa cristiana! ¡Insúltame, Terencio, cuanto quieras! ¡Insúltame, por boca de tu puta!

DONATA.- ¡La puta lo será usted!

DOÑA MADRONA.- ¡No te replicaré, esposo mío! ¡Dios consiente que tu última humillación me venga por medio de esta horrible y asquerosa mujerzuela!

DONATA.- ¡Me está buscando, y me va a encontrar!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Dale una leche, Donata! ¡Échale al cuello sus dos tetas que parecen badajos, y le das garrote con ellas, como un verdugo real!

DONATA.- ¡Como siga por ese camino, le arranco el moño, doña Madrona! ¡Por éstas, que se lo arranco!

DOÑA MADRONA.- ¿Has oído, Terencio? ¿Has oído? ¿Te atreverías a ponerme encima la mano de tu pelandusca?

DONATA.- ¡Ea, se acabó! ¡A la calle! ¡Fuera de mi casa!

DOÑA MADRONA.- ¿Tu casa? ¿Has dicho tu casa? ¿Cual es tu casa, cara mona?

DONATA.- ¡Esta es mi casa, y usted se va de aquí ahora mismo! ¡Fuera!

DOÑA MADRONA.- ¡Quita, pozo de mierda! ¡No me toques con esas manos, que te arranco los ojos!

DONATA.- (Lanzándose al asalto.) ¡Zorra vieja, basura, qué vas a arrancar tú!

(Se enzarzan y agarran de los pelos, mientras ríe LA TÍA CONEJITA y SERAFÍN, incómodo, no sabe qué hacer.)
¡Ay, ahora verás! ¡Me vas a conocer!

DONATA.- ¡Te conozco de sobra, pécora! ¡Vas a vomitar la lengua!

DOÑA MADRONA.- ¡Con qué ansia te cojo, pendón! ¡Ay, con qué ansia te cojo!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Ji, ji, ji, qué dos leonas! ¡Anda, Donata, no te achiques! ¡Que te puede!

SERAFÍN.- Doña Madrona, por Dios...

DOÑA MADRONA.- ¡Ay, qué ganas tenía! ¡Aquí te tengo!
¡Aquí te mato!

DONATA.- ¡Malas entrañas! ¡Mala mujer!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Donata, que te está doblando!
¡Échale la zancadilla, tumbala!

DOÑA MADRONA.- ¡Te voy a dejar calva, puta marrana!

(Caen al suelo las luchadoras y en él se revuelcan, atacando y ofendiendo cual Héctor y Aquiles de remangadas faldas.)

DONATA.- ¡Aquí te quería yo ver!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Ponte encima, ponte encima!
¡Cuidado, no la dejes!

SERAFÍN.- Doña Madrona, ¿le echo una mano?

DOÑA MADRONA.- ¡No! ¡Déjamela a mí.

DONATA.- ¡Así me gusta! ¡Espera, vieja cornuda, que te voy, a apretar el gañote!

DOÑA MADRONA.- ¡Eso lo veremos, cerda! ¡Trae aquí eso, que te lo voy a torcer!

DONATA.- ¡Uuh! ¡Quita, loba! ¡Au, ya te tengo!

(Como acostumbrada a la horizontal, DONATA es muy superior en el suelo, y logra poner de espaldas a DOÑA MADRONA, montándose encima y sujetándola con las piernas.)

DOÑA MADRONA.- (Procurando hacerla caer.) ¡Ahora verás, gorrina!

DONATA.- (Asegurándola.) ¡Tú sí que vas a ver! ¡Vas a ver las estrellas! **(Empieza a darle mojicones.)**

LA TÍA CONEJITA.- ¡Ahí, ahí! ¡Dale hasta que te hartes, Donata! ¡Eres la más grande!

DOÑA MADRONA.- (Sin poder zafarse de las piernas de DONATA y recibiendo golpes a dos manos.) ¡Serafín! ¡Serafín, hijo! ¿Qué haces?

SERAFÍN.- (Agarrando a DONATA bajo los sobacos por los pechos, y levantándola.) Yo aquí ni quito ni pongo, pero ayudo a mi señora.

DONATA.- ¡Oiga, fuera esas manos de ahí, no se aproveche! ¡Tío fresco!

SERAFÍN.- (Lanzándola lejos del empujón.) ¿Quién se aprovecha? **(Ayuda a levantarse a DOÑA MADRONA.)** ¡Arriba, señora, que le ha dado usted una buena lección!

LA TÍA CONEJITA.- (Haciendo carantoñas a DONATA.) ¡Ay, mi niña, qué valiente! ¡Ay, hermosa mía, qué combate! ¡La has puesto más blanda que una breva!

DOÑA MADRONA.- (Molida y quebrantada, se va levantando poco a poco, apoyada en el brazo de SERAFÍN.) ¡Marido libertino! ¡Mira cómo se ve tu legítima esposa, por tan sólo tu culpa! ¡Ay! ¡Avergüénzate una vez siquiera! (Se dirige al difunto, alzando la voz progresivamente.) ¡Avergüénzate, verdugo! ¡Avergüénzate, borracho! ¡Avergüénzate...!

DON TERENCIO.- (Incorpora el busto.) ¡Por favor! ¡Déjame en paz! (Se tiende de nuevo.)

DOÑA MADRONA.- (Dignísima.) ¡Ni una palabra más, ingrato! ¡Ni una palabra más! ¡Cubriré el expediente de sepelio y exequias, y a vivir, que son dos días! ¡Aún no soy vieja del todo! ¡Adiós Terencio! ¡Pudre tierra en buena hora con tu carne deshonesto!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Así se habla, sí señora! ¡Muy bien dicho! ¡Que los hombres, el que no es sinvergüenza es que es tonto! ¡El mejor, ahorcado!

DONATA.- Venga conmigo, madre María, déjela.

DOÑA MADRONA.- Usted, buena mujer, debiera estar en un sitio donde la atendieran. Yo me ocuparé de eso.

DONATA.- Ya tiene a su hijo para mirar por ella. ¡Usted, coja a su marido y a tomar viento!

DOÑA MADRONA.- ¡Anda, Seronera! ¡Anda, remóntate, que yo te haré que te arrastres!

DONATA.- ¡Está usted muy engañada, doña Madrona! ¡Muy engañada! ¡Está pensando en echarnos a la calle, y se le va a torcer! ¡Por dónde menos lo piensa, se le va a torcer la negra intención!

DOÑA MADRONA.- ¡Tú sí que estás engañada, pobre imbécil! ¡No sabes lo que te espera!

LA TÍA CONEJITA.- ¡Es el puto diablo quien todo lo revuelve! ¡Si las dos estáis engañadas, ese consuelo tenéis! ¡Barajar de nuevo!

(Entra JUANICO EL DE LA VENTA, haciéndose preceder por LA PAREJA.)

JUANICO EL DE LA VENTA.- Pasen sin compromiso, señores guardias. También está aquí el difunto de cuerpo presente.

GUARDIA 1.º- ¿Da usted su permiso, doña Madrona?

GUARDIA 2.º- ¿Permiso?

DOÑA MADRONA.- ¡Adelante, señores, adelante!

GUARDIA 1.º- ¡Buenas noches y a sus órdenes, doña Madrona!

GUARDIA 2.º- ¡A sus órdenes!

GUARDIA 1.º- Se la acompaña en el sentimiento.

GUARDIA 2.º- ¡No somos nadie!

DOÑA MADRONA.- Gracias, muchas gracias. Me alegra su venida. En sitios como éste son ustedes de mucha necesidad.

DONATA.- ¡A mí me da algo!

GUARDIA 1.º- Pues aquí estamos para lo que sea.

DOÑA MADRONA.- Todo esto es muy desagradable.

GUARDIA 1.º- Mucho, sí, señora.

LA TÍA CONEJITA.- ¡Ah qué hermosura, Santa Madre de Dios! ¡Qué cosa más hermosa, que se van los ojos!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Espera, que te echo una mano.

DOÑA MADRONA.- Ayúdales, Serafín. Es la caja.

JUANICO EL DE LA VENTA.- Espera, aguanta la punta.

(Hace su entrada el ataúd, que llevan ARICHE, JUANICO y SERAFÍN.)

ARICHE- Deje, madre María. Apártese, no estorbe, que nos va a tirar.

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¿Dónde va esto?

DOÑA MADRONA.- Al lado del difunto, con cuidado.
¡Tiene roces en el barniz!

ARICHE.- Por la cuerda, pero es poco. Ahora lo abro, espere.
Verá qué forro.

GUARDIA 1.º- ¡Todo es poco para un hombre como era éste!

GUARDIA 2.º- ¿Qué edad tenía?

DONATA.- De los setenta no bajaba.

LA TÍA CONEJITA.- ¡Mira qué capitoné más acabado!
¡Lástima que la tierra se lo coma!

DOÑA MADRONA.- Serafín y tú, mozo, poned al amo dentro. Que nadie lo toque más que vosotros.

JUANICO EL DE LA VENTA.- Os puedo echar una mano...

DONATA.- ¡Juanico!

DOÑA MADRONA.- Así, muy bien. Después lo tapas, Ariche, y le echas la llave.

LA TÍA CONEJITA.- Anda, hijo, bien encerraíco, que no te escapes.

DOÑA MADRONA.- Escucha esto, Juanico. Sé que estás pensando que la Venta de las Cruces va a ser tuya, y voy a desengañarte. La manda que tu amo puso en su testamento, era para tapar cierta boca codiciosa, pero nada más. Comprenderás que él nunca pudo pensar en cometer semejante disparate, ¿no es verdad que lo comprendes?

JUANICO EL DE LA VENTA.- Sí, señora, sí lo comprendo...

DOÑA MADRONA.- Más vale así. Por eso revocó esa cláusula al día siguiente de otorgarla, dejándola nula y sin efecto ni valor. No sé si me entiendes, te quiero decir que la copia del primer testamento que tendréis por ahí en el cofre o la alacena es un papel mojado, no vale para nada. ¿Me entiendes, sí o no?

JUANICO EL DE LA VENTA.- Sí, señora, sí...

DONATA.- ¿Y no te cagas en sus muertos?

GUARDIA 2.º- ¡Silencio!

(LA TÍA CONEJITA., acurrucada junto al ataúd, lo ha estado acariciando, y ahora se pone a golpear suavemente la pradera con los nudillos, con un ritmo lento.)

DOÑA MADRONA.- (Despacio, con tono suave.) Quién iba a decir que llegaríamos a esto. Cómo pudo pensar tu pobre amo que la broma del testamento tendría estas consecuencias. Quién podía sospechar que vuestra prisa por recibir esa herencia ilusoria nos llevaría a esta situación... No bajes la cabeza, mírame. Mírame a los ojos, de frente. Ya veo que no puedes. Tú sólo te estás acusando. Aquí has nacido y aquí te has criado, hijo mío, mira el pago que has dado a quien te dio su pan. A mí no me cabe en la cabeza una maldad tan grande, Juanito, y pienso que por fuerza lo ha hecho otra persona a quien no quieres descubrir. Una persona intrusa y ambiciosa que te hizo perder la razón... Dime si me equivoco, hijo. Anda, dímelo, ¿estoy equivocada?

DONATA.- ¡Juanito, te está liando!

GUARDIA 1.º- ¡He dicho silencio!

DOÑA MADRONA.- Como quieras, Juan. A tu gusto ha sido. l'a vendrá quien será respondido, y obrará en consecuencia. Serafín, ese ataúd, a la baca del coche. Nos vamos. Ayúdale, Ariche.

ARICHE.- Mucho va a pesar para los dos.

GUARDIA 1.º- Perdón, señora, yo no voy a poner pegas, es que para transportar un difunto se precisan ciertos trámites...

DOÑA MADRONA.- Me hago cargo, pero habrán de observar lo anormal de las circunstancias y que yo soy persona de absoluta solvencia. Por favor, señores, ¿quieren ayudar a sacar el féretro?

GUARDIA 1.º- Naturalmente, no faltaba más.

GUARDIA 2.º- Para eso estamos.

LA TÍA CONEJITA.- (Compungida.) Pero, ¿es que se lo llevan? ¿No era para nosotros?

DOÑA MADRONA.- Esa pobre anciana esta trastornada. Enciérrenla en algún sitio, suelta no puede seguir. ¡Qué sería de ella!

GUARDIA 1.º- Venga conmigo, abuela.

LA TÍA CONEJITA.- ¡Mira, qué buen mozo!

GUARDIA 1.º- Ande, pase ahí.

LA TÍA CONEJITA.- ¡Pero está oscuro!

GUARDIA 1.º- Haga lo que le digo. Si es buena, tendrá una caja como ésa para usted sola.

LA TÍA CONEJITA.- ¿Una caja como ésa?

GUARDIA 1.º- ¡Lo dicho!

LA TÍA CONEJITA.- ¡No te creo! ¡Me estás engañando!

GUARDIA 1.º- ¡Se acabaron las contemplaciones! ¡Adentro!

LA TÍA CONEJITA.- ¡No!

DONATA.- (Dulce.) Pase usted, madre María. ¿Es que no quiere ir a su solanilla?

LA TÍA CONEJITA.- Ay, sí... mi solanilla...

GUARDIA 1.º- ¡Vamos!

LA TÍA CONEJITA.- (A punto de llorar.) Se ve que aquí estoy de más...

GUARDIA 1.º- ¡Rápido!

LA TÍA CONEJITA.- (Humorística.) ¡Ya voy, hijo, ya voy! ¡Vaya unos modales! **(Sale.)**

GUARDIA 1.º- Hecho, señora. Y sin violencia, ya lo ha visto usted.

DOÑA MADRONA.- Ayuden a cargar el ataúd, si son tan amables. Encima del coche, por favor.

GUARDIA 1.º- A sus órdenes. Vamos, Modesto.

SERAFÍN.- ¿Qué se hace con las velas que nos hemos traído?

DOÑA MADRONA.- Cuando esté colocada la caja, has de atar una vela en cada esquina de la baca. Pero bien derechitas, ¿eh? Vamos.

SERAFÍN.- ¡A la de una!

GUARDIA 1.º- ¡Vamos, arriba!

GUARDIA 2.º- ¡Fuerza!

ARICHE.- ¡Ay, Señor!

DOÑA MADRONA.- Ariche, tú te vienes a Jévar con el coche, éste no es sitio para ti. Y ustedes se quedarán ahí fuera, guardando las salidas.

GUARDIA 1.º- Así se hará, señora.

GUARDIA 2.º- ¡Siempre a sus órdenes!

(Van saliendo los portadores del féretro, seguidos por la dama enlutada. Quedan solos el ventero y la ventera, acurrucados y encogidos en el suelo, al fondo. Ambos cónyuges están distanciados entre sí, silenciosos y mohínos. Ya no existe llama de candil ni de velas, y la escasa luz que los ilumina queda al arbitrio del director, procurando dar la sensación de que se hallan en la oscuridad. Se oye el motor del coche, que arranca y se aleja.)

JUANICO EL DE LA VENTA.- Ya se van. ¡Así cayeran por el barranco la Lámpara, al tomar la curva! **(Silencio.)** Habrá que encender luz.

DONATA.- Estamos bien así.

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¿Qué hora será? **(Pausa)** ¡Qué noche! Menos mal que ya amanecerá pronto.

DONATA.- Si es que amanece.

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¿Cómo no va a amanecer?

DONATA.- No me extrañaría.

JUANICO EL DE LA VENTA.- No, claro. **(Abatido.)**
¡Madre mía! ¡Madre mía! **(Pausa.)** ¿Qué quería decir la señora
con aquello de que vendrá quien será respondido?

DONATA.- ¡Ay, Juanico, lo sabes de sobra! ¿Por qué no te
callas?

**(Silencio. Se oye, lejano, el rasgueo de guitarra y el
romance del CIEGO MARCHENA.)**

VOZ DEL CIEGO MARCHENA.- (Canta.)

En la Venta de las Cruces,
por mal nombre del Ahorcado,
por la noche entre dos luces
a don Terencio han matado.

El ventero y la ventera,
por heredar al padrino,
con el beleño y la tuera
le han envenenado el vino.

ya están puestos en la trena,
ya los dos interrogados,
ya han recibido condena,
ya están de la horca colgados.

**(Vuelve el silencio. Se oyen los sollozos suaves de
JUANICO EL DE LA VENTA.)**

DONATA.- ¿Se puede saber qué te pasa ahora?

JUANICO EL DE LA VENTA.- Tengo miedo.

DONATA.- ¡Más tengo yo y me aguanto! (**Arrecia el llanto de JUANICO.**) ¡No me crispes los nervios!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Pero, ¿qué van a hacer con nosotros?

DONATA.- Lo que les dé la gana. No le des vueltas, piensa en otra cosa.

JUANICO EL DE LA VENTA.- Tengo como aire en la barriga. Y frío. (**Pausa.**) ¿En qué estás pensando tú?

DONATA.- ¡En que me dejes en paz!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Oye, que si estamos como estamos, no ha sido culpa mía.

DONATA.- ¡Ahora va a resultar que la culpa la tengo yo!

JUANICO EL DE LA VENTA.- No he dicho eso.

DONATA.- Pero lo has dejado asomar. A lo tonto, como siempre. ¡Y a mí, no!

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Pues si vamos a mirar!... Más vale callarse.

DONATA.- ¡Te estoy viendo venir, mosquita muerta! ¡Te calo la intención!

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¿A mí? ¡No llevo yo el fin por el atajo y la conducta por vericuetos! ¡Eso, otros!

DONATA.- ¡Te calo la intención, Juanillo el de la Venta! ¡Con la vista te paso hasta los huesos!

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Anda, Seronera, que ya nos conocemos! ¡En qué hora te metiste en mi casa!

DONATA.- ¿En tu casa? ¿Qué casa tienes tú, muerto de hambre? ¿Qué has tenido tú en toda tu vida?

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Ay, quien habla! ¿Trajistes tú alguna maleta? ¡Trajistes lo puesto, y a duras penas! ¡Ni una triste camisa por debajo de la blusa sin botones y los pingajos de la falda! ¡Y descalza, como una gitana!

DONATA.- ¡Pues de más traje, a ver si te enteras!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Trajiste tus buenos dientes para comerte mi sudor, eso sí.

DONATA.- ¿Tu sudor? ¡Pero, gandul de la mierda, si tú no sudas más que en la cama! ¿El pedazo de pan que me he ganado enterrándome viva y trabajando como una esclava me lo vas a echar en cara, malditos sean tus huesos?

JUANICO EL DE LA VENTA.- Lo único que digo es que, si no fuera por ti, no estaría yo ahora con la soga al cuello. Eso sí lo digo y lo diré donde sea.

DONATA.- Dirás eso y dirás lo que haga falta, con tal de echar el muerto a mis espaldas y escaparte tú.

JUANICO EL DE LA VENTA.- Al fin y al cabo, contigo estaba cuando se murió. Yo no sé más, allá tú y tu conciencia.

DONATA.- ¿Ahora salimos con esas? ¿No quedamos los dos en otra cosa?

JUANICO EL DE LA VENTA.- Que cada uno pague según la hizo. Yo estoy sin culpa, y no tengo que andar mintiendo.

DONATA.- ¿Que tú estás sin culpa? ¡No pondría yo la mano en el fuego!

JUANICO EL DE LA VENTA.- Ya saldrá la verdad, y se pondrá a la luz del sol, que todo lo ilumina. Calla, ¿has oído?

(Escuchan, atentos, ambos cónyuges. Se oye, lejano, el aullido lúgubre y prolongado de un perro.)

DONATA.- Ya vienen. Que Dios nos ampare.

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Ay, ay, ay, Virgen Santísima! ¡Ay!

DONATA.- Cállate, cállate, no des esas voces, que cuanto más grites más miedo tienes.

JUANICO EL DE LA VENTA.- (Bajando el diapasón y llorando.) ¡Ay, yo no he hecho nada, yo no he hecho nada, Señor! ¡Yo no he sido, yo no he hecho nada!

DONATA.- A mí no me lo tienes que contar, Juanico. Las Muertes están llegando, díselo a ellas.

JUANICO EL DE LA VENTA.- ¡Ay, ay, Dios mío, cómo podré hablar y oír delante de las Muertes! ¡Se me hará un nudo en la garganta, lo sé!

DONATA.- (Irritada.) Carraspeas un poco, y te aclaras.

JUANICO EL DE LA VENTA.- Muy tranquila estás, mala mujer. Se ve que tu crimen te ha hecho callo en la conciencia.

DONATA.- ¡La leche que te dieron, desgraciado, que no se te va el tema! ¡Tú quieres ser mi verdugo!

(Se repite el aullido, próximo y potente. Los venteros lo oyen paralizados, aplastados contra el suelo. Pausa. Jadea DONATA y solloza JUANICO, cada vez más fuerte.)

DONATA.- Van a entrar. Ten valor, Juan, mira lo que hablas. ¿Me oyes? ¡Muérdete la lengua!

(Fuertes golpes, aullidos superpuestos, cambio de luz hacia tonos fantasmales. Bate una puerta, y entran LAS MUERTES, una tras otra. De elevada estatura y solemne paso, las MUERTES revelan por su ajada y polvorienta indumentaria su respectiva identidad: EL REY, con corona y manto de púrpura y armiño; EL OBISPO, con mitra y ornamentos litúrgicos, y EL CONDE, con armadura, cota de malla y empenachada cimera. Son sus rostros amarillos calaveras, y las telarañas cuelgan de sus hombros y cabezas, cubriendo sus andrajosas vestiduras. Al exterior, los perros aúllan, dolientes. Los venteros, en último término, quedan en la oscuridad.)

EL REY.- Bien a la vista, Conde, el estandarte regio. Que pregone ante los cielos y tierra que aquí ha llegado el Rey a traer justicia. Dame acá el libro, Obispo. **(Lee.)** Olvidanza e atrevimiento son las dos cosas que facen a los omes errar mucho. Ca el olvido los aduce, que non se acuerdan del mal que les puede venir por el yerro que ficieren. E el atrevimiento les da osadía para acometer lo que non deben, e desta guisa usan el mal de manera que se les torna como una natura, rescibiendo en ello placer. E ansí tales fechos como estos que se facen con soberbia deben ser escarmentados crudamente por que los fasedores resciban la pena que merescen e los que lo oyeren se espanten e tomen ende escarmiento por que se guarden de facer cosa de que non resciban otro tal.

EL OBISPO.- Palabras de sabiduría, como dichas del Rey nombrado el Sabio, y escritas de su mano.

EL REY.- (Cerrando el libro.) Los tales crudos escarmientos que dichos quedan, son llamados justicia del Rey.

EL OBISPO.- (Recibiendo el libro.) Que es lo mismo que decir justicia de Dios.

EL CONDE.- O justicia del pueblo. Que los fueros y privilegios van según la dignidad y mérito de personas y linajes, pero la justicia es toda una.

EL REY.- Bien hablado, Conde. Y cómo, en oyéndole, se echa de ver la feliz ilustración que las armas han alcanzado en nuestro siglo. Ea, pues. Hagamos como los buenos reyes del comienzo de los tiempos, que solían recorrer sus reinos con sus oficiales para impartir justicia a la sombra de los robles. Tú, Obispo, que eres hombre de letras, vas a hacer de escribano fidedigno: acomoda tus posas en esa rústica banquetta, en tanto que el valiente tonel te ofrece una de sus redondas bases a guisa de pupitre. Practiquemos la pesquisación pertinente y hagámoslo sin dilación, que la justicia ha de ser sumaria. Buen Conde, trae de tu mano a la mujer a mi presencia, que quiero empezar por ella por ser menor en días, seso, entereza y respeto, con lo que ha de ser más floja en las preguntas, y más presto sabremos la verdad por ésta tal que no por el otro. Y tú, obispo, cuidarás de apuntar bien y fielmente cuanto esa puta dijere.

EL OBISPO.- Mucho me temo que sin tormento nada se saque de la ruin condición de esta gente.

EL REY.- Y sin duda que estás en lo cierto. Esto dijo el deceno Rey Alfonso, abre bien las orejas: tormento es una manera de prueba que inventaron los que fueron amadores de la justicia para escodriñar e saber la verdad de los malos techos que se facen encubiertamente e non pueden ser sabidos nin probados por otra manera. E tiene muy gran provecho para cumplir la justicia. ¿Lo sabíades, Obispo?

EL OBISPO.- Esa es la ley primera del Título treinteno de la Partida setena.

EL REY.- Así es, amigo. Bien se muestra y parece que eres hombre de estudios. **(Se vuelve y encara con DONATA, que viene sostenida por EL CONDE.)** llégate aquí, bribona, sabandija de letrina. ¿Eres tú la que llaman Donata la Seronera, di? No lo niegues, que no te vale. Pero, ¿de dónde te viene a ti ese dictado de Seronera?, ¿ganabas, acaso, tu vida laborando el esparto para adobar serones?

DONATA.- No, señor, sino que don Terencio me compró en Serón, y de ahí me viene el nombre.

EL REY.- ¿Te compró, dices? ¡Jesús! ¿Cómo puede ser eso? ¿Te vendieron tus padres, por ventura?

DONATA.- A mis padres no los conocí, señor. Al acabarse la guerra, yo me sostenía pidiendo limosna. Y el Riquelme, que era el fogonero de un mercancías, me dijo de irme con él y con el maquinista, y allí vivía en la máquina, comiendo un poco del puchero de cada uno, y ellos conmigo lo que querían. Y como a ninguno de los dos les sobraba la comida, me repartieron con otros dos trenes, un frutero y un mixto de la misma línea de Alicante a Granada. Así, cuando se cruzaban, yo pasaba de una máquina a otra de un salto, que a veces no tenía tiempo ni de vestirme y me tocaba estar desnuda hasta que nos volvíamos a cruzar con la máquina que llevaba mi ropa. Una mañana que había nevado, tenía que cambiar de tren en la estación de Serón y, como estaba descalza, el fogonero Manolico Atienza me llevaba en brazos para que no pisara la nieve. Entonces apareció don Terencio y le dio ciento dos duros por mí, que se los repartiesen mis seis amos a diecisiete cada uno. Como tres años viví en los trenes.

EL REY.- Te sacó de aquel burdel de carbón y te llevó a su casa honrada, como honesta criada respetable.

DONATA.- No, señor, me llevó a la venta. A la Venta de las Cruces, que era suya. Y le dijo a Juanito que me lavara la cara y se casara conmigo, que él nos daría un regalo de bodas. Pero nos casamos, y no nos dio nada.

EL REY.- ¿Nada? Te dio la redención, miserable, aunque a ti eso nada te parezca. ¡Oh, cómo se nota que ya el mal te tenía encallecida la criadilla del ánimo! Mas dejemos las teologías y vayamos al negocio: tú, Seronera, sabes algo de la muerte de tu amo y me lo vas a decir sin miedo, con el pecho confiado en que nada te ha de pasar que no sea conforme a justicia. Cuenta, cuenta todo, que te escuchamos con grandísima atención.

DONATA.- Pues ello fue, señor, que esa noche, como todas las que don Terencio pasaba en la venta, mi marido y yo nos fuimos a dormir a la cocina por dejarle a él nuestra alcoba y nuestra cama. Y a poco de estar acostados oyéndole que rezaba el rosario, sentimos como un golpe y dejó de rezar. Pasé por si necesitaba algo y lo vi en el suelo con muy mala cara, y entonces di voces y llegaron mi marido y Ariche, el mozo. Eso es todo cuanto sé, señor.

EL REY.- ¿Eso es todo, picarona?

DONATA.- Por Dios y por la Virgen María lo juro.

EL REY.- ¿Y no sabes nada de las yerbas de acónito de que murió tu amo, ni de las otras muchas yerbas de la misma clase y condición que fueron halladas en la solana de la venta?

DONATA.- Serían de mi suegra, que estaba falta de juicio, pero yo no sé nada. La solana era cosa de mi suegra.

EL REY.- ¿Y por ventura tampoco sabes nada de cierto testamento que se halló en el arca? ¿O el arca era también cosa de tu suegra?

DONATA.- Lo del testamento sí lo sabía, pero no tiene que ver.

EL REY.- Lo sabías, pero no lo has dicho.

DONATA.- Yo diré lo que me mande que diga, señor, que sé que, en todas maneras, hará de mí lo que quiera.

EL REY.- Con menos desvergüenza hablara yo, y con más comedimiento. Poco te han de valer conmigo tus mentiras y emblecos de mujerzuela medio gitana, así que considera si te estará mejor excusar el tormento confesando de plano y no negando nada.

DONATA.- No, señor, no negaré, no.

EL REY.- ¡Miren la grandísima bellaca, que dice que no negará y, suelta tres noes en un suspiro! Espera, que yo te doblaré; yo te haré bajar esa cabeza, y te ablandaré y pondré mansa, por mi vida. ¡Hola, Conde! Desnúdala y ponle los cordeles, que hemos de ver si en el tormento se muestra tan orgullosa y brava.

EL CONDE.- Ven aquí, corazón, que vas a disfrutar conmigo como nunca lo has hecho con otro alguno. Trae las manos, hermosa.

DONATA.- ¡Pero si quiero confesar! ¡Yo confesaré lo que haga falta! ¿No me oyen? ¡Déjenme, que voy a confesar!

EL REY.- Agora amarra el cabo de la cuerda a esa aldabilla que pende de la viga. Amarra bien, no se suelte con las ansias del dolor. ¿Y tú, que dices, buena moza? Con unas carnes tan frescas, ¿no te dueles de verte en este paso? Sino que cómo te has de doler, sin saber lo que te espera. Más me duelo yo que no tú, del trato que va a llevar toda esa gallardía de cuerpo, que ha de parar tal que su vista cause pavor. ¡Oh, qué suavidades! Por fuerza te regalabas como una reina, ¿no es cierto? Buen ánimo, hermosa mía, y desata esa lengua, que más vale ir a la horca tranquila y contenta que no ser ahorcada lo mesmo, sólo que llevándose además por albricias un trabajo tan recio como aqueste. Considéralo, y echarás de ver si no tengo yo razón.

DONATA.- Así es, señor. Dígame cómo he de hacer.

EL REY.- Decir verdad tan sólo. ¿Qué sabes tú de la muerte de tu amo, mujer hermosa?

DONATA.- Lo que me sea mandado que yo sepa.

EL REY.- ¿Otra vez con el mismo desplante? ¡Bellacona, puta encuerada! Mal me conoces, pícara, si crees que conmigo se juega. Acerca el brasero, Conde, pónselo delante, que ésta se va a acordar de sus tiempos de putilla fogonera. Ahí, junto a los pies. Agora, mujer, escucha lo que te digo: por tu mucha contumacia vas a ser puesta a cuestión de tormento, y, a tu cargo van los daños y lesiones que resultaren. Este tribunal se declara inocente de las heridas que sufras, y de las quebraduras de huesos, pérdidas de dientes, de ojos o de miembros, así como de la muerte que pudiera sobrevenirte en esta diligencia, que serán tu sola culpa y no de este tribunal.

DONATA.- No será menester, señor. Mire que no me haga torturar, que yo diré lo que sea.

EL REY.- Buen Conde, como hombre de armas hecho al hierro y al fuego, tú eres el señalado para verdugo, que es oficio honrosísimo por su inmemorial antigüedad y por ser su ministerio en servicio del Rey. Así, coge y agarra una de las zancas de esta moza y métele el pie en el brasero.

EL CONDE.- Con el alma y con la vida, señor.

DONATA.- ¡No, no! ¡Yo hablaré! ¡Hablaré! ¡Ah! ¡Aaaah! ¡Aaauuuh!

(Sujeta EL CONDE la pierna de DONATA obligándola a tener el pie metido en el brasero, del que sale una blanca humareda, mientras la mujer se retuerce aullando.)

EL REY.- (Gritando para ser oído.) ¡Así, así! ¡Sujeta fuerte, que no se suelte! ¡Mira cómo baila, mira! ¡Más! ¡Más! ¡Chamúscales bien, que esto no es juego, por Dios! ¡Sujeta, sujétalo ahí, buen conde! ¡Que se abra y se quemé hasta el hueso! ¡Por vida de mi padre, que no ha de quedar sino un carbón en el sitio del pie! ¡Qué! ¿Qué le pasa a esta bribona?

EL CONDE.- Un desmayo, señor. Cosa de poco.

EL REY.- ¿Tan presto se desmaya? ¡Por el Cielo, qué regalona y floja criatura! ¡oh, Conde, qué lejanos los tiempos heroicos del gran Mucio Scévola, el que quemó su mano por sí mismo sin alterar el rostro! Échale, Conde amigo, échale un cubo de agua por el rostro y los pechos, que sigamos la fiesta. ¡El agua obra milagros! ¡Échase la con fuerza! ¿Qué te decía? ya rebulle un poquito, y a rebulle. Otro cubo no más, y despierta del todo. Lo mismo que antes, de golpe contra ella.

(Colgada de las muñecas y con un pie embetunado, la inerte Seronera recibe por segunda vez sobre el desnudo pecho el rudo chapuzón. Escupiendo agua, se apoya en el pie sano y mantiene el carbonizado en el aire, despertándose entre fuertes temblores al tiempo que emite una queja larga y llorosa y mira al EL CONDE con terror.)

EL CONDE.- Ya vuelve en sus sentidos, mi señor.

EL REY.- Ya vuelve, ya. Fresca como una rosa, para empezar de nuevo. Toda chorreando agua, como Venus al nacer de los mares. Y mirándote, pícaro, igual que tierna novia en la primera noche. Repara cómo tiembla y cómo agita el pecho. Sus y a ella, buen Conde, que tuya es. Abrázala tiernamente, dale un abrazo de amor. Coge un peine de hierro en cada mano, y abrázala bien fuerte, que te sienta y te goce. En mitad del abrazo, ella se apretará contigo, cuando con esos peines le arranques las espaldas y le dejes al aire costillas y espinazo. No la hagas esperar, amigo mío, ¡por ella!

EL CONDE.- Llégate, amor, no huyas.

DONATA.- ¡No! ¡Ya no más! ¡No! ¡Lo confieso todo! ¡Lo he hecho todo! ¡Nooo!

EL REY.- A pata coja quiere ir para atrás, sin acordarse que está atada, je, je. ¿Te dan miedo los peines, mala puta?, ¿te dan miedo? ¡Razón tienes, que para ti son!

EL CONDE.- ¡Auuh!

DONATA.- ¡Aaaah! ¡Ay, aay, aaah! ¡Aaaah!

EL REY.- ¡Así, Conde, así! ¡Hasta el culo! ¡Arráncale las posas, también! ¡Fuera las posaderas! ¡Aaah! ¡Catarata desangre! ¡Aaah!

(EL CONDE, con los peines y las manos tintas en sangre, se separa de DONATA, que lanza interminables alaridos y gira enloquecida pendiente de la cuerda, con la espalda roja.)

EL CONDE.- ¿Le arranco agora la parte delantera?

EL REY.- No, Conde, en modo alguno, por tu vida, labor más delicada te encomiendo y de más raro mérito. Vas a adornar el vientre de esta dama a la manera de un hábil orfebre, y lo harás de esta guisa: saca tu largo estilete que llevas en la cintura y, sujetando a la presa con la siniestra mano, clávaselo despacio, recto por el ombligo, hundiéndolo hasta el mango sin herir los riñones. No rajes ni remuevas la hoja en los adentros, no se nos muera la moza antes de tiempo. Recto y limpio has de ser como un arcángel, y dejarle la daga así clavada, que quede el puño como una flor de hierro en medio de su panza. Ella misma cuidará de no saltar ni alborotarse por no agrandar los cortes de sus tripas y aumentar sus dolores. Quietecica ha de estarse cual santa en peana, que será muy de ver. ¿Sabrás hacerlo, amigo?

EL CONDE.- ¿No he de saber, señor? ¡Un águila soy yo para este oficio! Dejadme hacer, y veréis maravillas. Quedica, prenda, quedica, deja, que te voy a poner en el vientre mi fruto. Mira, tómalo, toma, tuyo es, prenda, tuyo.

(Mientras EL CONDE sujeta a DONATA con un brazo por la cintura, con el otro le va sepultando en el vientre la hoja de su estilete. La mujer lanza un chillido estridente y prolongado que se quiebra repentinamente, al tiempo que EL REY, alarmado, se precipita sobre EL CONDE, que a su vez gime en éxtasis.)

EL REY.- ¡Conde, qué haces! ¡Quita, aparta, desdichado! ¡Mira! ¡Mira, gran bellaco, que la has rajado toda! ¡Jesús, todo el mondongo que se sale y se viene! ¡Trae, trae mientras lo sujeto, algo con que la atemos! ¡Sus ropas, lo que fuere! ¡Y tú, puta, no bailes, que se te van las tripas! ¡Jesús, qué cuchillada, del ombligo hasta el culo! Ata, ata fuerte que se sostenga un poco, aunque no hay para qué, pues pienso que la has muerto. Llégate, obispo, a mirar a la presa. ¿Cómo lo has hecho tan mal, hijo? ¿No me entendiste el propósito?

EL CONDE.- Entendilo, señor, pero con la alegría tan grandísima que tenía de servir a mi Rey, se me fue la mano sin que yo lo echase de ver y sin poder hacer otra cosa.

EL OBISPO.- (Tras levantar un párpado a DONATA y escuchar su respiración.) Esta mujer está agora ante el tribunal de Dios, sufriendo el pertinente interrogatorio por sus muchos pecados.

EL REY.- A lo menos, al verdugo de allá no se le irá la mano como al Conde y le hará confesar como es fuerza que esta gente confiese. Dime, Obispo, ¿ha salido alguna cosa de provecho del interrogatorio de esta puta?

EL OBISPO.- Cuanto ha dicho lo tengo aquí apuntado de bonísima letra.

EL REY.- Veremos si a lo menos se le ha sacado lo preciso para dictar sentencia. Saca de aquí, buen Conde, ese cuerpo difunto y dale sepultura en un sitio discreto. No entiendo cómo murió tan presto.

EL OBISPO.- A lo que yo alcanzo, señor, se dio muerte a sí misma por mor de la melancolía, que es mala consejera.

EL REY.- Sin duda, eso sería. Es triste cosa la desesperación, y gran pecado. Lee la declaración, Obispo, en tanto que el Conde da tierra a la finada en el fondo del pozo y trae al otro preso listo y aparejado.

EL CONDE.- ¿Aparejado para el interrogatorio, señor?

EL REY.- No, no será menester. Aparejado y dispuesto para la ejecución de la sentencia que habemos de dictar según lo dicho por la testigo muerta. Llévatela y ven presto.

(Sale EL CONDE arrastrando a la difunta SERONERA todavía fajada con su falda, mientras EL OBISPO, con las gafas caladas ante las cuencas de su calavera, requiere los papeles y se aclara el pecho con una previsora tosecilla.)

EL OBISPO.- Si gustáis dello, estoy dispuesto, señor, a dar lectura al acta.

EL REY.- Y yo dispuesto a oírte, buen prelado. Veamos lo que ladró esa perra.

EL OBISPO.- (Leyendo.) En la Venta de las Cruces, constituido el Tribunal Ambulante Extraordinario...

EL REY.- Ahorra las fórmulas, amigo, y pasa adelante. Vayamos al grano en derechura, atajando palabras.

EL OBISPO.- Sí, señor, decís bien. Mmm... aquí es, oíd: interrogada la dicha Seronera sobre las contradicciones habidas en su primera declaración, confesó ser cierto que no dormía con su marido en la cocina, sino que cuando sobrevino la muerte de su amo, ella se hallaba con él en la alcoba, dándole placer como buena y fidelísima criada. Con esta salvedad, reafirma su inocencia y alega que su madre política se hallaba trastornada y tenía gran acopio de distintas yerbas con las que hacía cocimientos y brebajes, por lo que bien pudo ser la dicha madre política la involuntaria envenenadora del don Terencio García. De esta afirmación se desdijo cuando, estrechada a preguntas, confesó que fue su marido quien, con ánimo de heredar la propiedad de la venta, tomó hierbas de las que su madre tenía y, constándole ser ponzoñosas de muerto, las echó en la cena que la presa preparaba para el amo, sin que ella lo advirtiese. En este punto y por los trabajos del interrogatorio, tomó a la declarante un recio desmayo del que se repuso tras recibir los más solícitos cuidados. A las hábiles y pacientes preguntas que siguieron, confesó ser más cierto que su marido y ella obraron de común acuerdo y conjuntamente cometieron el crimen que habían planeado para heredar la manda o legado que a su favor había constituido la víctima a petición de ambos, en pago de la prostitución de la mujer, acordada por los dos cónyuges para obtener beneficios y mercedes de su amo.

EL REY.- ¡Cuanta inmundicia, Obispo! ¿Pueden ser llamadas personas gentes tan ruines? ¿No fuera mejor y más justo darles nombre de bestias?

EL OBISPO.- Cerdos que se complacen en el lodo, señor.

EL REY.- Demonios que se complacen en el mal. Mal empleada sería la misericordia con éstos tales, que siempre irán a lo suyo, que es hacer daño, como obligados por su propio natural, pues más tienen en verdad de bestias dañinas que no de hombres. Pero sigue, sigue leyendo, si es que hay más que leer, que me place escucharte.

EL OBISPO.- No queda sino el final y cierre o remate del papel, que es como el coronamiento y broche del acta, y dice así: habiendo sido invitada la procesada a firmar su confesión, manifiesta no saber hacerlo, por lo que en su lugar lo hace este escribano, con pleno consentimiento y voluntad de la interesada, que se manifiesta sumamente satisfecha por la fidelidad con que se han transcrito sus palabras, extendiéndose sin tasa en la expresión de su contenido.

EL REY.- Contento que yo también disfruto, ¡oh, escribano diligente y sagaz! no había yo echado de ver los detalles de la confesión, embelesado como estaba con los trabajos del interrogatorio. Y ha resultado ser confesión bonísima y de la más rara suficiencia, ya que por ella y sin necesidad de otras pruebas, vamos a condenar al otro preso a la última pena, loado sea Dios. ¿Estoy, o no, en lo cierto, dulce Obispo?

EL OBISPO.- Digo, señor, que nunca hubo Salomón alguno que más justo, ecuánime y piadoso sentenciase.

EL REY.- Es la pena, Obispo mío, un gran don que el delincuente recibe y que debemos darle de buen grado, pues con ella corrige sus yerros y enmienda su conducta.

EL OBISPO.- Ya lo dijo el Rey Sabio don Alfonso: pena es enmienda de pecho o escarmiento que es dado según ley a algunos por los yerros que hicieron. Otrosí decimos que la pena de muerte puede ser dada al que la mereciere cortándole la cabeza con espada o con cuchillo, e non con segur nin con foz de segar; otrosí puédelo quemar, enforcar, o echar a las bestia bravas que lo maten; pero los judgadores non deben mandar apedrear ningún ome, nin crucificar nin despeñar de peña, nin de torre, nin de puente, nin de ningún otro lugar.

EL REY.- Buena es la cita y muy al caso nos viene agora aquí. Como de molde. Y yo añado y arguyo que no hay, en verdad, pena tan útil y enmendadora como lo es la de muerte, que aquel que la recibe ya nunca más delinque. Porque si es malo, corregido se queda y enmendado para siempre jamás; y si bueno, se asegura en el bien de tal suerte que nunca ha de torcerse hasta el fin de los tiempos.

EL OBISPO.- Y todo eso, sin contar con que goza de Dios con más premura.

EL REY.- Que no es chico aguinaldo, ciertamente. Mas aquí llega el Conde con el felicísimo afortunado que, pese a ser tan malo, va a trocarse en más bueno que el trigo candeal.

(Comparece y se presenta el noble CONDE, sosteniendo diligente al ya semicadáver JUANICO EL DE LA VENTA, que se apoya en su pecho por no aguantarle sus flácidas piernas. Trae el ventero la cara cenicienta, el rostro desencajado como muerto sin pañoleta de sotabarba, el cuerpo desgonzado y claudicante, las manos atadas a la espalda, y el dogal ya puesto en el cuello, con la cuerda arrastrando a su espalda. Para guía y aviso de improbables directores, se advierte aquí con extremado interés que la cuerda que pende a espaldas de JUANICO simula ser prolongación y continuidad del lazo de su cuello, pero no lo es en modo alguno. Antes bien, el extremo superior de la cuerda susodicha irá atado a los sobacos o axilas del actor por debajo de la camisa saliendo por detrás de la nuca, donde aparentará engañosamente hallarse unido a la parte trasera del nudo del pescuezo. Puede así ser colgado el actor con toda comodidad y sin peligro alguno, pareciendo estar real y verdaderamente ahorcado a poca gracia que el hombre le eche al asunto.)

¡Ay, qué bien apañado que lo trae, ya con su maroma colocada! Dime, Conde amadísimo, así Dios te la dé buena: ¿cómo has adivinado que habíamos de colgar al bellacuelo?

EL CONDE.- Por la experiencia, señor, que es madre de la ciencia. Y además, que algo ha de alumbrar la oscuridad de mi mollera el ir siempre al lado de quien es la luz mesma de la sabiduría y la misericordia.

EL REY.- Como discreto hablas, hijo, y como cortesano. Ya, y a se parece y manifiesta cómo crece tu consejo y tu cultura. Ea, buen ánimo, y aplica tus excelentes cualidades a la labor cotidiana: ahórcame a ese belitre con prontitud y limpieza.

EL CONDE.- No pase cuidado mi señor, que en menos está el pandero que lo sabrán bien tañer.

(Se dirige EL CONDE por una escalerilla de mano para apoyarla en la viga y, al apartarse de JUANICO, éste, falto de apoyo, se tambalea y cae de rodillas, sentándose en sus talones y rompiendo a llorar.)

EL OBISPO.- Arriba esos ánimos, valiente mío, que este trago pasa en un suspiro y te despiertas bailando la jota entre querubines, a presencia del Criador.

EL REY.- No ha menester consuelicos nuestro ahorcado, que él está muy entero y muy gallardo en el trance, como hombre de pelo en pecho que es. ¡Temple de acero!

(EL CONDE ha apoyado la escalera en la viga, y, mientras con una mano recoge el cabo de la cuerda, pasa el otro brazo bajo los de JUANICO cogiéndole por detrás casi en vilo, y sube la escalera llevándose al reo, que arrastra los pies por los travesaños.)

EL CONDE.- (Al subir con JUANICO.) Ven al púlpito, hermano, que vas a predicar como un doctor.

EL REY.- Sí, hijo, sí, que tú ya estás empujando las puertas de la cámara de oro del Señor de los Cielos, y nosotros nos quedamos en este valle de lágrimas. Edificanos con un sermón en esta hora sublime y solemnísimas. Dinos con detalle lo que sientes, que es infinita nuestra curiosidad. Anda, hijo mío, predica, que somos todo oídos.

(El ejecutor ha dejado al desfallecido JUANICO a mitad de la inclinada escalera, echado de espaldas a lo largo de ella y sostenido por los travesaños, mientras él cabalga en la viga y amarra en ella el extremo libre de la cuerda.)

EL OBISPO.- Di lo que quisieres, que hablarás como un ángel.

EL REY.- Se guarda, se guarda para sí la beatitud del tránsito, no quiere hablar el ruin. A Dios vayas, galán, y que Él te perdone.

EL OBISPO.- (Aplicándole a la boca el extremo del báculo.) ¡Besa, corre! ¡Besa, que ya finas!

(EL CONDE, desde la viga, empuja a un lado la escalera haciéndola caer con estrépito y, al mismo tiempo, él se descuelga montándose sobre los hombros de JUANICO, que se balancea violentamente. Agarrado a la cuerda con las manos, el noble ejecutor empuja con las piernas hacia abajo al colgado, para asegurar la rotura de las vértebras.

Una de las piernas de JUANICO se desplaza espasmódicamente y en sentido lateral un par de veces, mientras la otra tiembla con débiles convulsiones. Se desmadeja el cuerpo, y EL CONDE se deja escurrir a lo largo de él para llegar al suelo.)

EL CONDE.- Esto es hecho, señor. Ya no está en este mundo.

EL REY.- Poco ha bailado, a fe. Ha sido cual colgar un zapato.

EL OBISPO.- A la horca llegó medio difunto, según el miedo que traía. Así ha muerto tan presto.

EL REY.- ¡El miedo, el miedo maldecido! Son para poco, Obispo, son para poco, los españoles de hoy día: ¡la raza degenera! Malvados y medrosos, ¿en qué se diferencian de un tropel de ratones? ¡Oscuro siglo, el nuestro! ¡Malos tiempos!

EL CONDE.- ¡Tiempos flojos, de fornicio y bagatela!

EL OBISPO.- ¡Tiempo profano y terreno! Marchémonos, señor. La mies es mucha, y es luenga la labor.

EL REY.- Vamos, fieles amigos, nos llama la justicia a lo ancho del reino. Aquí ya está cumplida nuestra noble tarea, ya se huele la paz en esta casa. (Se encaminan a la salida.) ¿Cual es, Obispo mío, la siguiente estación en que hemos de posar?

EL OBISPO.- La Venta de las Cruces, llamada por el vulgo del Ahorcado.

EL REY.- (Se detiene, extrañado.) ¿Otra vez? Juraría que ya me es conocida.

EL OBISPO.- Es dudoso, mi buen señor, aunque es posible: ¡es el reino tan grande y tan parejo!

EL REY.- (Reanudando la marcha y saliendo, con sus campañas.) Sea la misma venta o solamente sea el mismo nombre, no se me da un ardite, pues son todas iguales. ¡En marcha, caballeros! Cualesquiera que fuere la venta alborotada, hay que darle sosiego. ¡La paz es la labor de cada día!

(Han salido las MUERTES. Corta pausa. Se oyen lejanos aullidos de perros. Se va extinguiendo el foco que ilumina al ahorcado, hasta el oscuro total.)

FIN

Madrid, 1 de marzo/20 de agosto de 1975